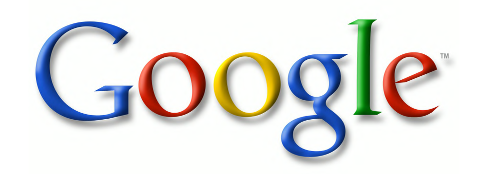
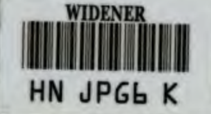



WIDENER
HN JPG6 K

R. BLANCO-FOMBONA

# MÁS ALLÁ DE LOS HORIZONTES...

MADRID
Casa Editorial de la Viuda de Rodríguez Serra
1903

# Más allá de los Horizontes...

# Rufino Blanco-Fombona.

*Una noche, en el hotel de Liana de Retz (Liana, reina de Citerea y princesa de Lesbos), en medio de un baile de trajes, una Colombina rosada me dijo, señalándome á un moreno señor del siglo XVI:*

*—Es un paisano tuyo.*

*—¿Que se llama?—le pregunté.*

*—Que se llama Rufino—contestóme—y que hace versos...*

*Este último dato era inútil. Todo hacía adivinar al poeta en aquel mancebo que, teniendo los ojos risueños y ojerosos y los cabellos ensortijados del San Juan de Leonardo, había escogido, para vestirse, el traje severo y suntuoso que ostenta Francis-*

*co I en el cuadro de Clouet. Pero ¿cómo demonios podía llamarse?*

*—Rufino—me repitió la rosada colombina.*

*—Ese es un nombre y no un apellido, hija mía.*

*—No seas terco—concluyó—, te digo que se llama Rufino, nada más.*

*«Bueno—pensé—es un desconocido, un Pedro Rufino, un Juan Rufino. Pero es joven. Es guapo. Con un poco de talento y el apoyo de las mujeres, llegara á hacerse célebre.»*

*Y sin pensar más en él consagréme á admirar apasionadamente los cuerpos femeninos que, más ó menos vestidos, llenaban de blanco esplendor el salón de la fiesta. Había mujeres de todos los países del mundo: pálidas, con ojos casi blancos, hijas del sol de media noche; rubias de cien matices, rubias de Jerez, rubias de oro, rubias de sol, y morenas, morenas con cutis de nácar, morenas artificiales, morenas ambarinas, morenas de bronce, en fin. El pueblo entero de Citerea estaba allí. Y era,*

*después de algunas horas de baile y de muchas botellas de champagne, la locura y las locuras, desde las más inocentes hasta las más increíbles. Alta, imperial, Carolina Otero erguíase sin más traje que sus diamantes. La dueña de la casa, flexible cual su nombre, recibía el homenaje general recostada en un lecho de flores. Su túnica era el raso de su piel. Otras se contentaban con bajarse mucho el escote ó recoger demasiado la falda. Las más jóvenes, en fin, cediendo al capricho de los hombres, despojábanse de sus velos riendo nerviosamente.*

*En el fondo, bajo una enramada, dos orquestas de violines húngaros poblaban la atmósfera de notas históricas.*

*—En este baile de trajes—murmuró alguien en español—me parece que lo que menos hay son trajes.*

*Era Francisco I que, de nuevo, se hallaba cerca de mí.*

*—Puesto que somos compatriotas, según me han*

*asegurado por aquí—le dije—, permítame Su Majestad que le estreche la mano.*

*—No sé si debo...—contestóme riendo y sañalando mi disfraz.*

*Yo me había puesto, en efecto, por espíritu de indispensable economía, la toca y la veste del condotiére de Antonello de Messina; y con mi espada, de dos dedos de ancho, con mi pelo despeinado y con mi palidez de bronce, producía, según parece, una sensación bastante real de aventurero de otro tiempo.*

*Su Majestad, sin embargo, dignóse estrecharme la diestra. Y como ya era muy tarde me ofreció, para ir á terminar la noche en Montmartre, un sitio en su carroza.*

***

*¿De qué hablamos aquella noche? De nosotros, claro... Pero además hablamos de Ella, de la Belleza, de la Divinidad todomisericordiosa y llena*

*de gracias que endulza nuestra vida. Hablamos de arte—de nuestro arte—, de poesía—de nuestra poesía—, de ideas—de nuestras ideas—. Las comunes admiraciones y los odios comunes nos hicieron intimar en menos tiempo del que necesitan dos ingleses para decirse sus nombres. Si no hubiera sido por los trajes antiguos, es probable que nos habríamos tuteado en seguida. Tanto hablamos, que la luz del día nos sorprendió ante el velador de mármol do las copas estaban aún llenas.*



*Luego seguimos viéndonos todos los días. Siendo miembros del mismo Club podíamos, á la hora verde, á la hora en que el alma glauca del absintio principia á enloquecer á París, entregarnos á las más sonoras justas literarias. Los mozos, de áurea librea, acostumbrados al recogimiento, que es de rigor en los templos del juego, veíannos de reojo y parecían preguntarse si estábamos locos.*

*—Oiga usted—gritaba mi amigo—. Y á voz en cuello, sacudiendo sus ensortijados cabellos de sombra fosforescente, lanzaba al aire estrofas que, entre el humo de los habanos, aleteaban ahogándose. Un día eran poemas de sus compañeros de infancia, poemas conservados en la memoria con fraternal piedad; otro día eran cláusulas de maestros, reliquias y versículos de sus evangelios; á veces, en fin, eran obras suyas, ritmos inquietos, versos de cristal, pero no de cristal claro y límpido, fabricado en España, sino de raro cristal coloreado con tintes de exotismo, de ironía y de tristeza; de raro cristal enfermo, á la manera de las copas de Gallé ó de Tyfaní.*

*Una noche el gerente de aquel Club nos hizo comprender que, si no íbamos para jugar, más valdría que nos quedásemos en un café. Rufino se puso de pie, pálido, y le contestó:*

*—Jugaremos, señor.*

*Luego echó mano á la faltriquera del abrigo*

*y sacó de ella un* porte feuille *muy grande. Abrióle. Después de largas pesquisas por sus innumerables separaciones, logró encontrar un billete de diez duros y, cual si aún tuviese puesto el traje de Francisco I, lo tiró sobre la mesa de bacarat con un gesto regio. En seguida, dándolo por perdido, tornó á sentarse á mi lado.*

*—Como decíamos, Verlaine y Mallarmé...*

*Minutos después el mismo gerente, pálido de emoción, se acercó á nosotros y nos dijo:*

*—Han* pasado *ustedes siete veces... Calculen, pues, lo que han ganado... más de mil duros... Es* epatant...

*Calculamos ó, mejor dicho contamos, temblando, el dinero, y vimos que los cincuenta francos se habían convertido en seis mil cuatrocientos.*

*—Con esto—me dijo Rufino poniéndose serio—vamos á hacer un viaje á Italia.*

*—¡Admirable!—exclamé yo.*

*Y comenzamos á preparar, aquella misma no-*

*che, nuestro éxodo hacia la tierra santa de los recuerdos. Lo malo fué que, antes de tomar el tren, se nos ocurrió invitar á cenar, en el mejor restaurant del bulevar, á dos amigas de ocasión.*

*—Nos gastaremos el pico —pensamos— nada más...*

*En efecto: al cabo de unos días nos habíamos gastado el pico grande, es decir, los seis mil, y ya no nos quedaban sino los cuatrocientos.*

*Rufino tuvo entonces una idea admirable:*

*—Vamos á jugarlos—me dijo—, y si con diez duros hemos ganado mil, con ochenta vamos á ganar una atrocidad.*

*—Es cierto—pensé.*

*Eran las cinco de la tarde. A las siete y media nuestro amigo Henry de Bruchard, periodista y mosquetero, tuvo que prestarnos cinco francos para ir á comer.*

***

—*¿Recuerda usted, Rufino, el cuento de* **La Hija del Doctor**, *por el yanqui Nathaniel Hawthorne? Un médico, especialista en toxicología, plantó un jardín de plantas venenosas, de plantas raras de forma y lejanas de origen, de plantas de nombres impronunciables, de colores inverosímiles, casi negras unas, con hojas inmensas y lacias, otras verdes de agua, verdes color de ojos de sirena, con ramas espinosas, con follajes como recortados por un niño caprichoso, azuladas y amarillentas algunas. Las flores de tales plantas eran fantasmagóricas. Las había rojas como una herida, rojas de sangre; las había metálicas cual si fueran arrancadas de un adorno de verja antigua; habíalas blancas, de una blancura de sudario, en fin, y negras como el duelo. El manzanillo, el euforbo, la acónita, la jusquiama, la cicuta, la belladona, el upa y otros cien vegetales deletéreos poblaban el aire de emanaciones tales, que, á una legua á la redonda, la gente palidecía, mientras en las tardes*

*caniculares, cuando el aire pesado se inmoviliza; los pájaros caían, envenenados, desde alturas fabulosas. Sin embargo, la hija del doctor vivía en aquella atmósfera mejor que en ninguna otra, y lejos de huir de los efluvios mortales, complacíase en respirarlos con voluptuosidad, coronándose de guirnaldas de flores de muerte y adornando su seno rubio con ramilletes del mal. Lo mismo le pasa á usted con la poesía. Los poetas malditos, los poetas sirenas que envenenan toda la joven poesía del mundo, los poetas cuyo aliento turba la razón de generaciones enteras son para usted verdaderos amigos. Es más, usted es uno de esos poetas encantadores y peligrosos, usted se adorna con las más deletéreas imaginaciones. Las corolas de agonía se entreabren lozanas entre sus manos. Cultive usted su jardín diabólico...*

*—¿De veras?—murmuró Rufino cuando así le hube hablado—. ¿De veras?*

*—Sí, de puras veras.*

*El quiso sonreir, pero su sonrisa se convirtió en una mueca. Y como estábamos en su estudio de la Plaza de la Magdalena, á la hora en que la cosa siniestra, que el rey David temía, principia á pasearse entre las sombras, dijo angustiado á su ayuda de cámara:*

*—Enciende todas las luces, Juan.*



*Hacía tiempo, mucho tiempo, que no le había visto. Le sabía en Holanda, tierra propicia á la paz del espíritu. Nunca una carta. De vez en cuando un cuento en algún diario de París, ó un estudio en alguna revista francesa, en* La Revue, *en* La Renaissance, *siempre cosas serias: crítica de literatura, propaganda de americano, labores de publicista.*

*—Ya no se acuerda de mí—pensaba yo—. Cuando un dia del invierno pasado, á las doce de la noche, oí llamar á mi puerta.*

*—Soy yo.*

*En el acto reconocí su voz.*

*—Vengo de Amsterdam... Y necesito que me preste usted sus espadas, ya usted sabe, aquellas del condotiére de Antonello de Messina, las anchas hojas tudescas... ¿Las tiene usted aún?... Se lo pregunto porque como aquí en París viven ustedes en una atmósfera de duelos, un par de espadas se usa pronto... Necesito, además, que usted me sirva de padrino...*

*Luego, en dos palabras, me puso al corriente de todo. Se trataba de dos duelos.*

*—Dos por lo menos—me dijo.*

*Al día siguiente, en efecto, se batió, primero con el eminente novelista Binet-Valmer, director de* La Renaissance Latine, *y luego con el joven escritor Albert Erlande.*

*Al entregarle la espada, ya en el terreno, le dije:*

*—Es la del condotiére que saludó á Francisco I.*

*El sonrió. Y con la misma elegancia, con la cual en casa de Liane de Retz, la noche de nuestro primer encuentro, imitó al rey caballero besando manos, imitólo esta segunda vez lanzando estocadas.*

**E. Gómez Carrillo.**

*París, 1903.*



# CARTA Á LA PRIMAVERA

## Carta á la Primavera.

Primavera de ojos azules, bendita primavera, ¿cuál es tu magia? Embriagas más que el vino, primavera. Tu ebriedad es de aromas. ¿Qué filtro turba como tu aliento? ¿Cuál es como tu beso? Eres nupcial, primavera.

¿Qué has vertido en mi corazón?

Diría que una flor abre en mi alma; y la fragancia de la flor sube á mi cerebro, embriagándolo deliciosamente. ¿Es una boca virginal convertida en clavel, labios de gen-

til rubia, lo que has plantado en mi corazón, primavera; ó es un jazmín muy pálido de tanto padecer, una flor de pesadumbre?

Ni tú misma lo sabrías.

Como el labriego arroja la simiente, arrojas tú el encanto. La semilla del labrador sólo fecunda la tierra. Tu encanto, vertido, fecunda seres y cosas: la tierra da su más pura esmeralda, el cielo su más claro zafiro; el crepúsculo cambiantes ópalos, la atmósfera cristalinos velos; y el pájaro sus redes de trinos, y la onda sus chales de espuma, y la nube sus caprichosos arabescos; y las flores, más ricas, dan su fragancia y su matiz, y los hombres, más grandes, dan el amor y el dolor.

En el alma germinan, primavera, á tu beso de luz, sensaciones inenarrables, deseos imposibles, aspiraciones confusas: — y las tristezas no sufridas, y los besos no gustados,

y las estrofas que cantan, golpeando á las puertas del corazón, que nunca le abriremos, todo circula extrañamente por las venas como una savia; nos afina los nervios; nos torna impresionables al suspiro del viento en los pinares, al batir de la onda en el acantilado melancólico, al contento del pájaro, que en la copa del abedul, enriza el venturoso plumaje y rompe en trinos de ternura.

Ayer mañana miré un navío que zarpó. El buque, banderas al aire, rompía la onda. Yo miraba el vapor, á la distancia. No distinguía las banderas. ¿A dónde iba ese barco? ¿En qué remota playa tejería su hélice la última estrellita de espuma? ¿Será en la costa, me dije, de la verde Erin, ó en las riberas de Liguria, bordadas de camelias? ¿Será en alguna margen del Japón, país de ensueño, donde se labra el poema de un amor en marfil; ó encallará ese navío en un banco de co-

ral, entre gritos de medrosos tripulantes que se amarguen con su miedo la ventura de morir, llevándose en las pupilas una visión azul?

Yo veía alejarse el vapor, entre torbellinos de humo. Y cayó sobre mi espíritu, como una sombra, la nostalgia de ese buque desconocido. Mi neurosis quiso trocarse en paloma, volar á un mástil de aquel buque, y emprender viaje para una tierra lejana, para una tierra ignota...

Aquel barco quizás iría, según me puse á pensar, para el rincón de mundo en donde vive una mujer, que sin saberlo, me aguarda; para el país donde nace el más puro y verde laurel que ambiciona mi frente; para la tierra que sería mi tumba, donde florecería mi leyenda, sobre mi tumba, como un rosal.

Hoy ví á una mujer, joven y hermosa, una

de esas hadas de primavera, los ojos enamorados, mejillas de melocotón; y un ramo de glicinas, cual mariposas de alas abiertas, prendido en el jubón escocés. En su blanco sombrerito un colibrí tornasol, de plumaje metálico, tendía los remos, en actitud de volar, ebrio de perfume, loco de haber sorbido el alma de aromas á unas azaleas purpurinas.

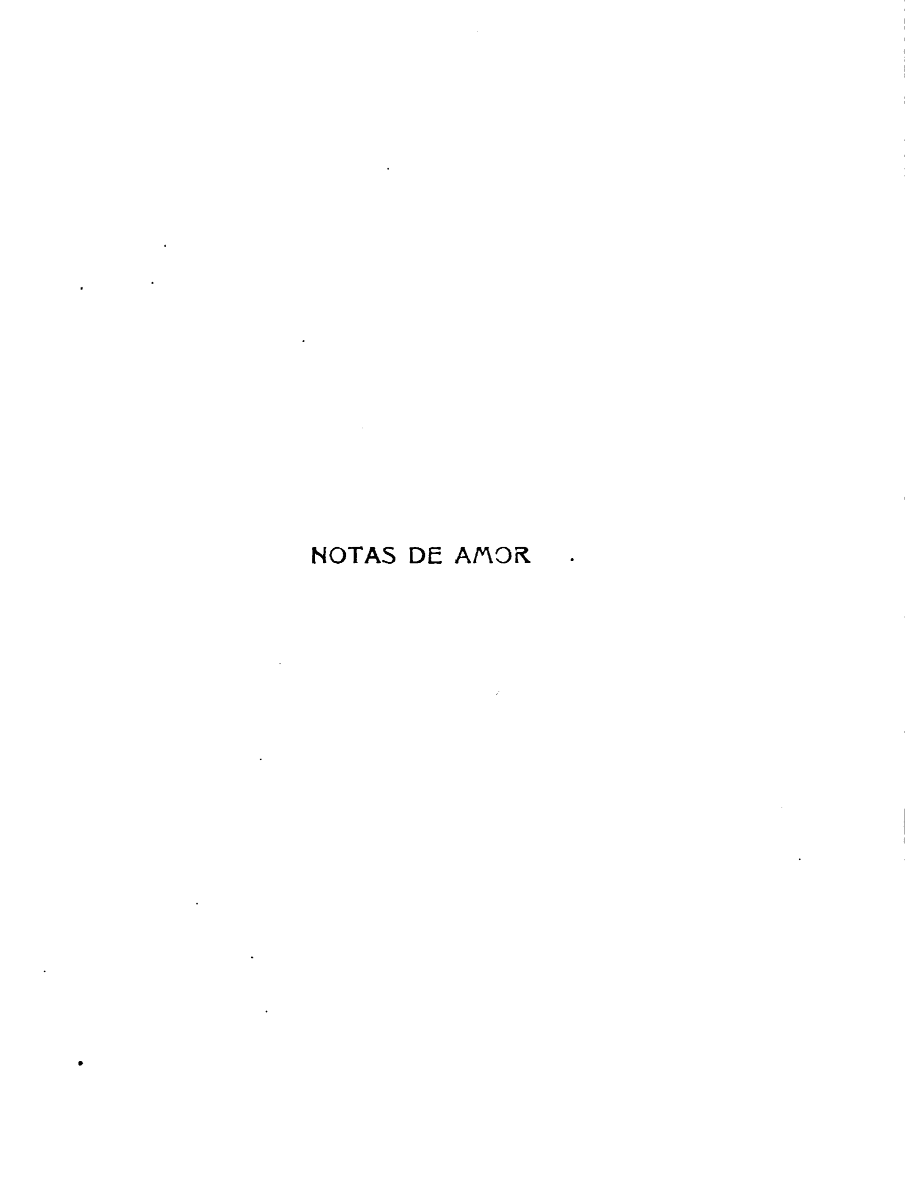
La hermosura cruzó la calzada, frente á mí. La saya, recogida, puso á mis ojos la voluptuosidad de una pierna mórbida. Quiso, además, mi suerte ó malaventura, que la desconocida hada blonda me viera con una luz de simpatía. La claridad azul de aquellos ojos me cegó. La mirada magnética, la coquetería fugaz de una desconocida, de una extranjera, á quien acaso nunca volveré á encontrar, ciñó un momento mi alma de una corona de rosas. Pero las rosas se fueron

deshojando á medida que la visión se alejaba, y cuando mis ojos no la miraron más, la corona de rosas, idos los pétalos, ya no era sino corona de espinas. Las espinas, que son el recuerdo, me punzan; y pienso que sólo pudiera librarme de su injuria sutil, cambiándola en deleite, la misma hada blonda que las sembró en mi alma, la misma visión vaporosa, mi encanto de un momento, la misma extranjera, la desconocida á quien acaso nunca volveré á encontrar.

Amor de lontananzas, desasosiego misterioso, quimeras y pesadumbres, has despertado en mi corazón, primavera.

¿Cuándo será que pongas en mi pecho el grano de amor, del puro y viejo amor, sin el cual no es la vida fecunda, ni el verso más que luminosa orfebrería, ni el alma sino pudridero de ilusiones?

¿Cuándo será, primavera?



# NOTAS DE AMOR

## Notas de amor.

Hay un dolor, una pesadumbre más bien, sin nombre, no clasificada; no la curan drogas, no la conocen médicos.

Sin embargo, este siniestro mal no es cosa más peregrina que la flor de Alemania, encanto y desesperación de una pobre loca, en el gentil poema de Sully Prudhomme. Es mal del tiempo por el cual florecen las rosas del alma; este mal se padece cuando canta la primavera en el corazón. Un día

nos sorprende, nos invade, nos apresa: ya somos suyos. Cómo, lo ignoramos. ¿En el seno de cuál hermosa lucía la flor cuyo aroma nos enloquece? A las veces no hemos visto á la hermosura; no hemos respirado la rosa. Empero, amamos. El río fluye, la linfa cristalina copia los primeros ojos que se inclinan sobre la corriente; en las márgenes hay uno como florecimiento mágico, y se pone á cantar el ave azul de la ilusión el canto perfumado y turbador de la juventud.

Amor llena las almas como llena los aires la música de un himno; envuelve los corazones como envuelve al ídolo fragante nube de incienso; asciende hasta lo íntimo de los seres como Romeo hasta el regazo tibio de Julieta; corona la Juventud como el tenue rayo de cielo las blancas sienes de las Madonas, en los grandes lienzos místicos.

Existe algo más doloroso que el amor, que

el culto de un sér: la pasión de un fantasma. El alma rebosa de una amargura desconocida; callamos; para nosotros no cantan pájaros; ni ríen en copa de cristal los licores ni sollozan los pianos, ni cuchichean las brisas, ni se mueren las ondas, ni aroman los rosales.

Sin embargo, en nuestros corazones hay dulzura; lo que nos falta es el esparcimiento; nos conmovería un trino; una gota de brandy bastaría á encender en nuestras almas luces de colores; la música vestiría de azul, á nuestros ojos, el éter de cielos imposibles; las brisas y las ondas, para nuestro regalo, mentirían lejanas leyendas de amores; el aroma sería el ensueño, el ensueño es la inspiración.

Somos la juventud, somos la poesía: la poesía, el perfume del Ideal; la juventud, ánfora llena de amor.

¡Amamos! ¿Qué? ¿A quién? No sabemos.

El Arte, el Ideal, ¿qué llena nuestras almas?

Vaciamos nuestras pesadumbres, nuestros entusiasmos, nuestras pasiones, en la turquesa de una estrofa, y somos felices. Peró esta felicidad no es duradera. Soñamos mucho.

No podemos acordar el ritmo de los corazones con la música de letras consonantes. Además, ¿cuándo queda toda el alma en el verso, presa como un pedazo de carne viva en un garfio? ¡El Ideal! La humanidad va en carrera vertiginosa tras de él. No dista mucho de alcanzarlo; ya lo está asiendo. Entonces él, como la Blanca Flor de los cuentos infantiles, arroja á sus espaldas un quimérico obstáculo que crece y crece: si es grano de polvo se torna en bloque, en mole: si es alisio truécase en abrasado siroco; si es hilo de

agua se hace mar; si es un girón de sombra se cambia en noche obscura.

El triunfo sobre el Ideal es cosa imposible, ó poco menos.

El Ideal es el ave fantástica cuyo vuelo no han podido parar flechas ni tiros. Con él no caben alevosías; ni señuelos, ni armadijos: no cae. Demos que el heroismo de la constancia triunfe. Presumimos en la embriaguez de la dificultad vencida. ¿En dónde están los labios sitibundos de amor, que sanen como un óleo las heridas purpúreas de nuestra carne? ¿Dónde las manos que han de ceñirnos rosas? ¿En cuál seno florecerá la alegría? ¿Qué mejillas ha de encender el doloroso triunfo nuestro? ¿Quién nos ama?

Cruel dolor el amar cuando el Orgullo, nuestro olímpico orgullo de poetas, no puede arrodillarse ante la Hermosura, diciéndole:

—Aquí estoy; á tus pies.

# ES EL TIEMPO DEL CARNAVAL

Es el tiempo del Carnaval.

El crepúsculo es suave. Un aire dorado aviva el fuego azul, la negra lumbre de los ojos. Las cabelleras ondulan. Los trajes de rosa, de lila, ondean, deslumbradores. En carretelas charoladas de amarillo, de negro, de rojo, las hermosuras, los hombros rosados, las gargantas marmóreas, entre camelias blancas y moradas petunias, parecen también flores.

Es el tiempo del Carnaval.

Los cascabeles repican; las serpentinas

vuelan, como víboras aladas. De las bocas, grietas de carmín en la enharinada blancura de los rostros, surgen charlas, risas, besos.

Es el tiempo del Carnaval.

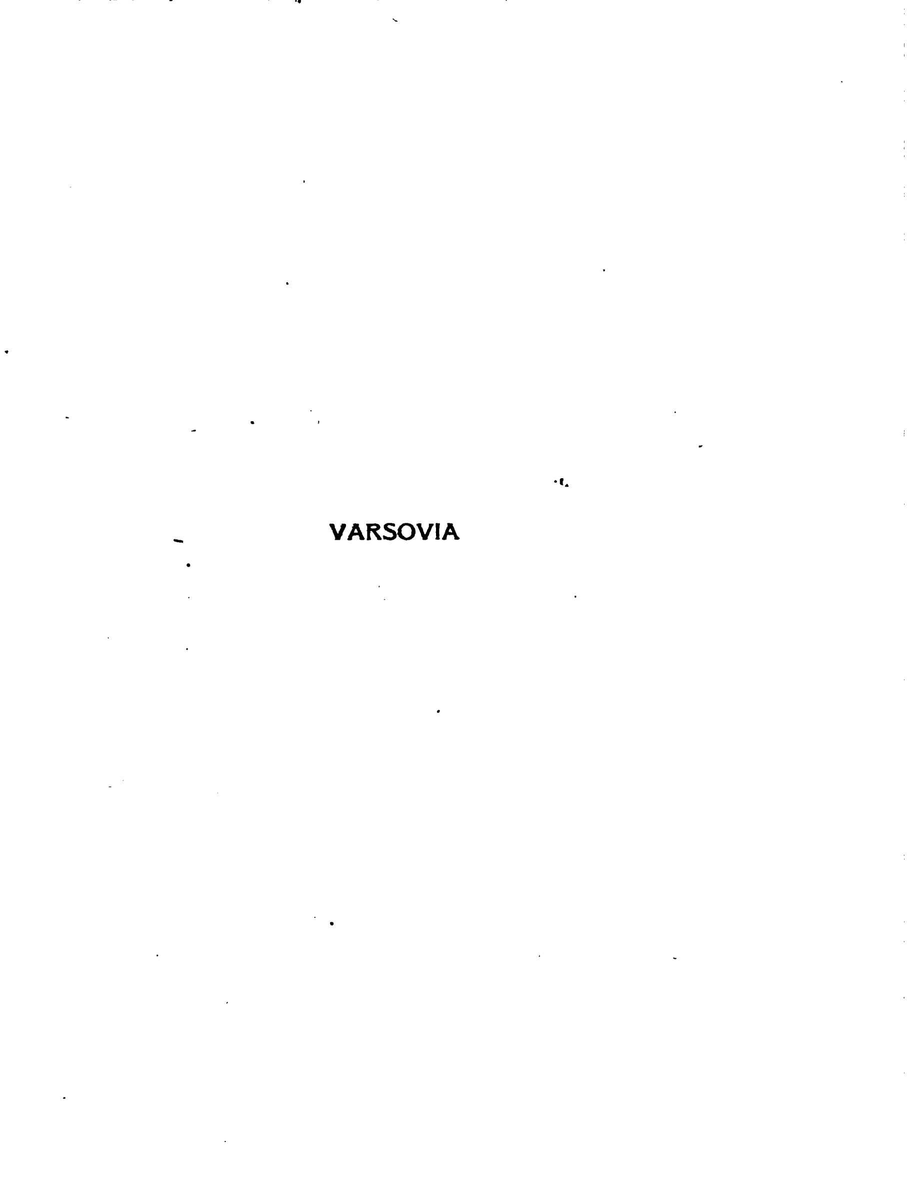
Las bacantes ciñen rosas; las parejas tejen idilios paganos; los amores vuelan, como las aves de Venus, tras la hermosura victoriosa; triunfa la sonrisa.

Es el tiempo del Carnaval.

El viejo Dolor ¿á dónde ha ido?

¡Ay! Ese corpiño es el estuche azul ó blanco de las tristezas, ricas joyas del corazón; las manos de duquesa, las manos llenas de rosas, han deshojado ilusiones; el dominó pintoresco, como un libro azul de cantos de oro, encierra una historia de lágrimas.

No es franca esa alegría. Ese canto es casi un sollozo. Ese regocijo es malsano. Si no, ¿por qué lleva máscara? ¿Qué vale ese placer de antifaz?



# VARSOVIA

# Varsovia.

A la una de la mañana, un poco más, nos despiertan. Estamos en Alexandrovo, la frontera rusa. Apenas detenido el tren, un oficial sube á nuestro wagón y demanda el pasaporte á cada viajero. Esta primera formalidad, aversiva y arcáica, nos distancia, en imaginación, del siglo y de Europa. Luego proceden á la inspección del equipaje; nuestras maletas, conducidas á la Aduana—salón inmenso y frío, alumbrado con luz de

kerosene,—sufren un registro de minuciosidad odiosa. Las valijas abren sus bocas y vomitan sobre un mostrador camisas, pañuelos, pantalones, zapatos, toda suerte de prendas de vestir; y en las cajas de puños y de cuellos, en los bolsillos, en los zapatos, en donde quiera, hunde sus ojos y sus manos la desconfianza rusa.

A un viajero le quitan su paraguas. Tiene el paraguas no sé cual mecanismo, y se piensa que puede ser un arma de fuego. A otro lo despojan de varios libros. Yo tuve la suerte de ser advertido con tiempo y pude esconder en los bolsillos del gaban un Nietzsche, *Il Fuoco,* de D' Annuncio, y un volúmen de Sthendal. *Les Stances* de Jean Moréas, y una obra de Valera, *Morsamor,* las dejo en la maleta. ¡Que se las roben! ¡Ojalá que se las roben!

Con sus botas á la rodilla, por de fuera del

pantalón, sus trajes de un verde color de botella, y esas como boinas, suerte de cachucha sin visera, los rusos, estos primeros rusos que miro, son idénticos á los rusos de las zarzuelas. Yo había conocido toda esta morralla en *La Guerra Santa.* Ahora que piso la patria de Miguel Strogoff, siento renacer en mí aquella fiebre de curiosidad que asaltó mis mocedades primerizas ante la obra de Julio Verne. Pero el blanco delantal que visten algunos de estos rusos, arropa como un sudario las leyendas; y de estos séres fantásticos hace mirmitones, galopines y cocineros.

La hora del alba sería cuando arribamos á Varsovia. La ciudad duerme, como una gitana tendida en la llanura, á la ribera del Vístula. Como una gitana Varsovia es infeliz, romántica, harapienta y bella. El tren corre por la llanura polonesa, y del horizonte de la llanura, en la carrera vertiginosa, vemos

surgir á Varsovia, la ciudad mártir, corazón de Polonia.

Amo con amor de lástima á esa pobre tierra ilustre, á esa generosa tierra de la desgracia, que ayer venció á la barbarie con la espada de Juan Sobieski, victimada al presente por una gavilla de autócratas.

Acodado en el postigo del tren miro cómo se perfilan en la bruma de ópalo de la mañana, torreones, techos, cúpulas. A lo lejos, del otro lado de la ciudad, arrastra el Vístula sus aguas y sus leyendas; y ya al arribo del tren á la vieja capital, finje el paisaje un momento, un panorama holandés, con su tendida sabana verde, sus rebaños, y las aspas de un decrépito molino, caricatura de aquellos sinceros molinos que se irguen á la vera de los canales, orillas de las lagunas, en la campiña neerlandesa, por donde corre el mugido del toro de Potter.

En el coche que me conduce de la estación al hotel, recibo la primera visita del sol polaco. La mañana es brumosa: el sol, un sol anémico, empieza á levantarse como un perezoso, é ilumina el rostro soñoliento de la ciudad. El cochero, al igual que sus colegas de plaza, viste una como librea azul y gorra del mismo color celeste. Por el camino encuentro séres de rostros enigmáticos, de miradas de mendigos; me impresionan estos hombres pálidos, de luengas y enmarañadas barbas, narices de garfio, calzados de botas de montar, vestidos de obscuros sobretodos talares y tocados de cachuchas negras. Pronto supe cómo eran judíos. Los hebreos allí menos inteligentes ó más fanáticos que los israelitas de otros pueblos, sólo profesan la usura, se visten de un modo ridículo y religioso, se desdeñan de hablar la lengua nacional de Polonia, en una palabra, no hacen

vida común con el país donde se avecindaron. Por eso los abominan.

Es comprensible en parte ese rencor; al contrario de lo que pasa en el resto de Europa, donde los judíos aman su patria y le ofrendan vida, talento, actividad y fortuna. La campaña antisemita en Francia baldonará siempre á ese gran pueblo, patria del libre-pensamiento y de la revolución.

El proceso de Dreyfus, cumbre de la ignominia judicial de escribas y pretorianos, apandillamiento de un pueblo contra un hombre, es una regresión á épocas muertas, en que había mayor animalidad en la bestia humana.

Por fin llego al hotel.

Helios vibra sus rayos cloróticos, hiere los alamares del cochero, los cristales de las ventanas vecinas, y allá, á lo lejos, prende estrellitas de plata y centellas de diamante

en las doradas cúpulas bizantinas de una iglesia rusa.

*
* *

En Varsovia me esperaban buenos amigos: Marius André y su esposa, adorable mujer que se llama Regina y es á la verdad reina. Amistamos en Amsterdam, donde yo ejerzo de Cónsul y donde M. André, de la carrera consular de Francia, servía á su país.

Marius André, provenzal, coterráneo de Mireya, amigo y admirador de ese delicado Mistral, es también un amable poeta. Cuanto á su pluma de prosador, ha producido, que que yo conozca, *Monserrat*, libro bello, raro

y audaz, novela sensual y mística, erizada de extrañezas, distinta de las eternas y adúlteras novelas de Francia, que tienen de común con las casas de ciertas poblaciones el que todas se asemejan.

Este compatriota de las cigarras y de los tamborileros, este retoño de la tierra asoleada que produce las uvas y las canciones, no lleva en el alma el sol de su país, ni la jovial locura de las rimas, ni la embriaguez sonora de tamboriles y cigarras. Más parece un bretón, un hijo de la tierra monótona y triste que infantó á Renan.

Cuando ellos abandonaron á Amsterdam por Varsovia, yo les hice promesa de la visita que ahora cumplo; y escribí este

## ADIOS

*Á Regina Szimonska.*

*Tuerces rumbo—el tren arranca—*
*viajadora*
*hija de la estepa blanca.*
*Adiós, Señora.*
*Exotismos deliciosos*
*tienen tus ojos cambiantes,*
*—grandes turquesas que brillan*
*como si fuesen brillantes.—*
*En tus ojos cantan rimas*
*y paisajes de bohemia,*
*hay montañas... y en las cimas*
*como lluvia de algodones,*
*se distingue un blanco vuelo*
*de ilusiones.*
*Tuerce rumbo,—ya vas lejos,—*
*tu blancura se destaca*
*entre los lampos bermejos...*
*Adiós, polaca.*

Varsovia es una ciudad muy interesante. Allí se juntan el perfumado cefirillo de París y el gran soplo asiático de Moscou. El bulevar *Aleje Ujazdowskie* es un espectáculo curioso al caer de la tarde. La multitud risueña invade la avenida; las victorias arrastran la severa elegancia europea de las grandes damas, junto á los calesines moscovitas—*pierelotkas,*—guiados por monstruosos cocheros forrados de algodón, vestidos de libreas extravagantes, que pasean cruces de oro y bellos uniformes claros de los oficiales rusos.

Por ese bulevar, al crepúsculo, caminan, galopan ó ruedan, la cortesana de toilette deslumbrante, y el judío arapiento, de aspecto sórdido; el campesino polonés de traje abigarrado y la bayadera venida desde el remoto Oriente; un escuadrón de esos terribles centauros que se nombran cosacos, caballeros en los salvajes corceles del Cáucaso,

y un soldado de Circacia, feliz en amores, de barba y ojos negros, tocado de uno á manera de fez carmesí, de vestidura entre femenina y religiosa, que va meditabundo y elegante al trote de su bridón; y una jeremicsa murga del país, y una trimurti de funcionarios rusos, y una banda de tártaros. Y allá, paso entre paso, detrás de una carreta miserable sobre la cual yace una blanca urna, hombres, mujeres y niños, los pies descalzos, descubiertos, la ropa en girones—y acaso el alma también deshilachada como la ropa,—y hombres, mujeres y niños van religiosa, tristemente kirieleisando en coro.

En la amable sociedad de mis amigos recorro y visito la ciudad: la exposición de pinturas, los templos griegos, los palacios de reyes, príncipes y antiguos señores poloneses.

Algunas de esas mansiones, de una ele–

gancia distinguida y sobría, conservan aún restos de la vieja riqueza, de los tesoros de arte, de aquella hermosura señorial que no apedazaron y pillaron la barbarie y rapiña moscovitas.

En el hermoso parque de Lazienki, sobre el sueño de un lago, bajo las frondas, abre sus alas blancas un palacio construído por Bacchiarelli para el Rey de Polonia, Stanislao Augusto Poniatowski.

¡Quién pudiese vivir toda una primavera enamorado, y pasear sus amores y sus quimeras al pie de esos blancos muros, en el misterio de ese jardín, junto al sueño del agua, por las noches de luna!

*
* *

Un día, al pasar enfrente de un caserón, por una avenida elegante, me dicen: «Aquí vive Sienkiewicz», y me refieren detalles de la vida íntima de este novelador.

No deja de hacerme alguna impresión la tranquila frase: «aquí vive Sienkiewicz». La distancia engrandece, la leyenda aureola frentes y nombres de un nimbo de misterio y poesía. Siempre recibiréis como una sorpresa, siempre morirá algo de ilusión en vuestra alma cuando escuchéis decir de una celebridad: «aquél es», ó «aquí vive». Sin que nos demos cuenta nos extraña que un grande hombre more una casa igual á la de todo

el mundo, y se vista y coma y ande como un señor cualquiera. Pero la desilusión es más grande generalmente cuando oimos hablar al personaje ó lo miramos en las ridículas y triviales tareas de la vida. No hay grandeza que resista la intimidad. Ya el otro lo había comprendido: «no hay hombre superior para su ayuda de cámara.»

El padre de *¿Quo Vadis?* es el autor universal de moda al presente (1) pero su renombre y la gloria que ya gusta me parecen una de las mayores injusticias literarias. El vo-

(1) Estas páginas fueron escritas cuando el nombre del escritor polaco radiaba en el Zenit. Es tan relativo el mérito real de Sienkiewicz que su obra no resiste un análisis formidable, sin contar que ninguno de los grandes críticos universales le han consagrado, que yo sepa, un estudio serio. Favorito del público es ó ha sido Sienkiewicz, pero la crítica lo juzga de otro modo de como juzga á Turgeneff, Ibsen y otros escritores del Norte.

luminoso *¿Quo Vadis?* sugiere la opulencia de un seno de nodriza ó de un follaje de plátano. ¿Por qué este prosador, nada exquisito, que escribe en una lengua muerta y bárbara novelas mediocres ha podido obtener reputación universal? ¿Cómo la fama ha volado sobre bullentes capitales de ambos mundos hasta el ignoto rinconcito polonés de este evocador de edades idas? ¿Qué significa la celebridad de este exhumador de leyendas, enterradas como religiosas Pompeyas?

¿Es oculta necesidad del espíritu de volverse á épocas idealizadas por el tiempo, fatigado de esta modalidad de nuestra civilización y del producto literario nuevo?

Si así fuese, ahí andan, en las más conocidas lenguas de Europa, el cardenal Wisseman, que puso en moda el cristianismo de las catacumbas; Bullwer Lytton, que pintó

los últimos días de Pompeya; Dumas, padre, evocador como Sienkiewicz, de la Roma neroniana; Flaubert, que resucitó á Cartago; Pierre Louis y Anatole France, que despertaron á la dormida Grecia.

Ahí tiene la curiosidad moderna, en todas las literaturas, fragmentos de vida vieja, episodios, personajes, que surgieron al conjuro de los artistas. Ahí tiene, además, los narradores de leyendas y los cronistas de añejas crónicas, é historiógrafos, novelistas y poetas que hablan del tiempo antaño. Ahí están los viajeros y evocadores de pueblos remotos, desde Marco Polo hasta Cook y Loti.

Se comprende á Sienkiewicz popular en Polonia; en sus libros se conserva la lengua, que es como decir se conserva la patria; fuera del innegable pero relativo mérito de sus obras. Es el Sienkiewicz mundial, lo que será siempre caso curioso.

Otros autores, otras almas, sí sembraron en mi espíritu el anhelo de conocer la tierra de Rusia, tierra obscura, tierra bárbara, donde germina la quimera, patria de siervos y patria de grandes libertadores del pensamiento, tierra de alucinados y de convencidos, donde la revolución espiritual y social toma la forma violenta de Kropotkine y la forma suave y evangélica de Tolstoi; donde un hombre pasa los mejores años de su vida en la deportación de Siberia y cuenta lleno de naturalidad, sin hiel, cómo sufría, que vió en la casa de los muertos, y cuál fué la novela del presidio.

Yo nada conozco de más interesante que el alma rusa. El pueblo es religioso ó nihilista; el Czar, el más formidable de los autócratas, convoca las naciones á un Congreso de Paz; un conde predica la humildad; un príncipe propaga el socialismo. Las mujeres

se salen de su país, fervorosas del libertarismo de su sexo; se parisienisan por el estudio ó se neoyorkizan por el trabajo. Y el día mejor, el drama sube á la cabeza de estas neuróticas y el escándalo publica un nombre: Vera Gelo, pongo por caso.

Los estudiantes, seguros de algo peor que la muerte, la Siberia, se amotinan, queman iglesias, matan ministros y consejeros del Emperador, en una palabra, ponen por obra el voto de Bakunine.

Un universitario quiso matar, hace poco, á cierto Ministro; el atentado frustróse, y el personaje tuvo el capricho de interrogar al preso.

—¿Cuándo le hice yo mal á usted?

—A mí, en particular, nunca; nos hace á todos puesto que nos tiraniza.

—Pero yo no soy el Gobierno.

—No, señor; pero usted aconseja ó tolera el mal que hace el Gobierno. Nosotros hemos resuelto prescindir del Czar; y hemos condenado á desaparecer á los que deben influir para que se liberalice la política del Imperio.

—¿Quiere decir que los Ministros serán las víctimas?

—Sí, señor, están condenados á muerte; ya usted mira como acaba de perecer el de Instrucción pública.

—¿Y á quién le toca ahora la suerte?

—A usted, señor.

*
* *

Entre los intelectuales que representan esa dolorida alma nacional, no es Gogol, ni Dostoyewsky, ni Gorki el ruso que me inspira más amor, sino María Bashkirtseff, la atormentada, la delirante, la neurasténica, la artista, la pobre María Bashkirtseff. ¡Cuánto correrán los días, primero de que en un cuerpo de mujer cristalice otra alma semejante! A la idea de María Bashkirseff, muerta en botón, siente uno la tristeza del artista que contempla un divino fragmento de estatua, un selecto mármol mútilo. Yo me lastimo de ella, y la comprendo y la amo porque su corona de espinas y

su copa de cicuta han pasado alguna vez por mi frente y por mis labios; y su noble y martirizada alma de artista se refleja sobre mi alma como se refleja el cielo maravilloso en la humildísima gota de rocío.

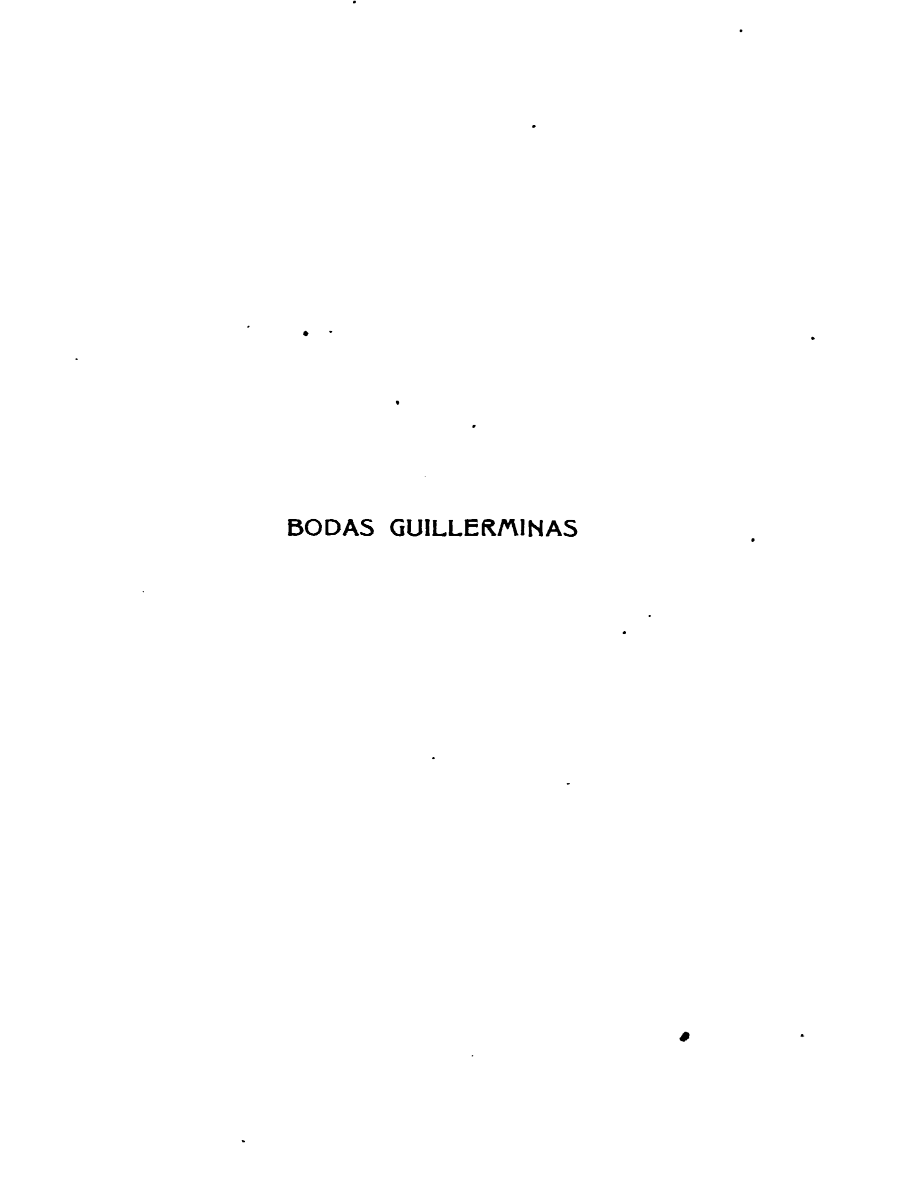
Conocí en Alemania una dama rusa en la cual me pareció ver un destello del alma de María Bashkirtseff.

Bella, rica, inteligente, bien nacida, aquella juventud se empañaba, no obstante, con una sombra de tristeza. Me interesó mucho; y nos hicimos grandes amigos. Al principio imaginé que las suyas eran penas de amores; pero franca, violenta, extraña, me permitió ver el vacío de su corazón. Odiaba á Rusia, odiaba á Alemania; y nunca manifestó por sus padres, que la paseaban por el mundo, la conocida ternura filial. Yo le cobré cariño, y en nuestras almas germinó una gran locura. ¿No es cierto, Irmatchatka?

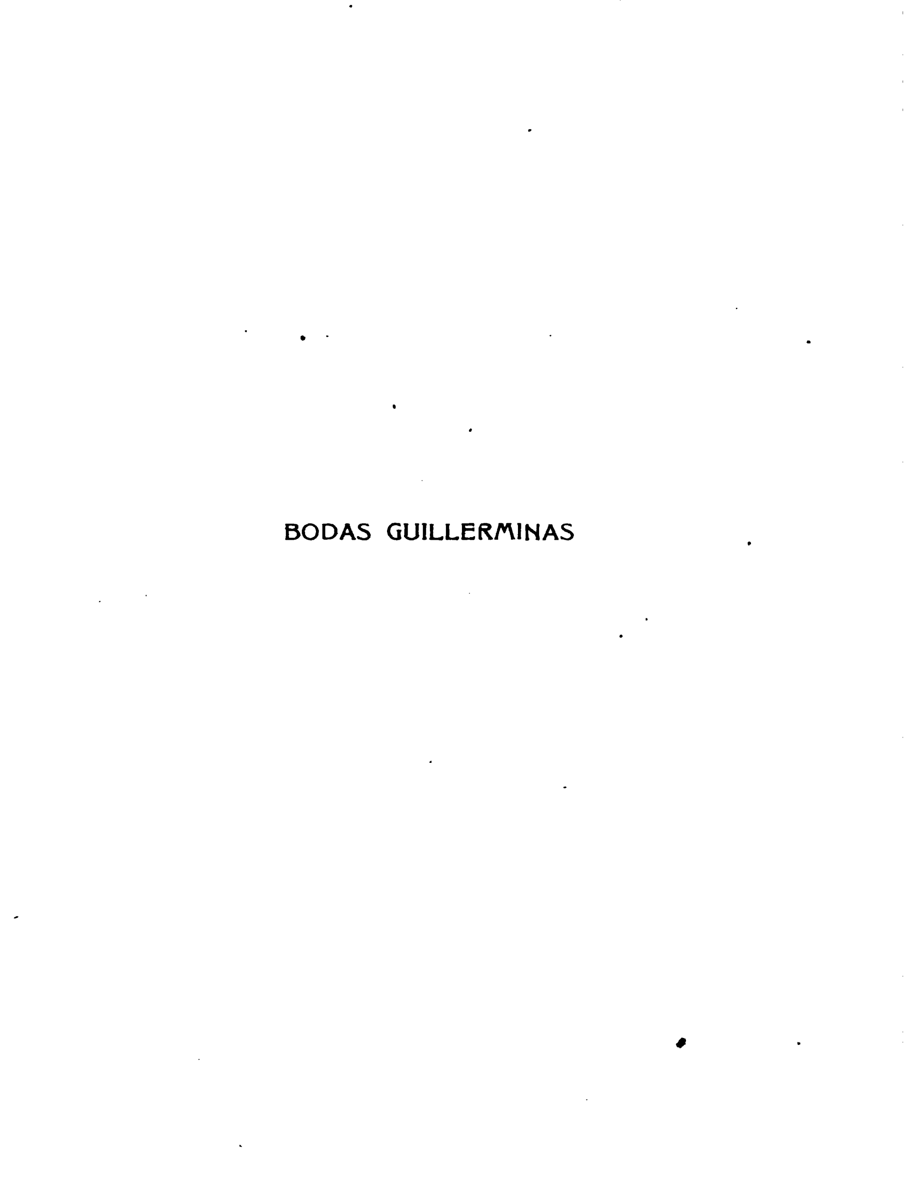
A la postre dejo á Varsovia. Salgo con pesar de esa tierra noble y romántica, tierra de los caballeros. Pienso con lástima en esa inmerecida víctima del despotismo asiático y germano; pienso en las bellas mujeres tristes de cabelleras castañas y cuerpos de escultura, que van á Siberia por el crimen de enseñar el polaco á los niños; pienso en el clero de rapiña de Rusia, agavillado con el ejército, para exasperar al país, á objeto de provocar la rebelión, mantener estado de sitio, y en consecuencia percibir—clero y ejército—doble soldada; pienso en el *úkase* refrendado con el *knout;* pienso en la brutalidad germana; pienso en las futuras cadenas, y sobre mi espíritu cae la sombra. Pero evoco los manes de Koskiusco; evoco los libertadores del porvenir y un rayo de sol dora mi frente.

Una mañana, días después de mi arribo á

la ciudad en que moro, me llega una tarjeta postal. Es un recuerdo varsoviano. En la tarjeta, obra de Marius André, aparecemos retratados, en coche, madame André, mademoiselle Szimonska y yo, á la puerta de un templo ruso, mientras la multitud de buen tono sale del templo, satisfecha de lucir trajes y joyas en la mascarada religiosa del domingo...



# BODAS GUILLERMINAS



# BODAS GUILLERMINAS

# Bodas guillerminas.

Era el día nupcial. La reina de Holanda, la rubia flor del trono, la soberana de los veinte abriles, entregaba su corazón, su mano y la mitad de su lecho á un hombre.

Esa reinita, orgullo y encanto de su país, se ha hecho interesante á los ojos del mundo. La libertad, proscrita y acosada por una trailla de pueblos, se ha refugiado, como una mariposa en una flor, en el regazo de esta adorable reina. Fue su mano blanca y seño-

ril, la sola que halló abierta y tendida la mano de Paul Kruger, mano libre, mano ruda, ahora débil y exangüe, mano ahora mendiga de justicia para un pueblo. El único reproche á esta voraz Inglaterra, patria del mal, país de la rapiña, ¿no fué el gesto de hada, la actitud de Guillermina de Orange?

La reinita es adorada porque es adorable. Sus intrépidos abriles coronados de azahar, atraían multitudes á la Corte.

Era el gran día holandés. Nosotros también íbamos á las fiestas nupciales, á las bodas guillerminas. El tren se puso en marcha con una lentitud desesperante, como si no pudiese arrastrar su crecida cola de wagones.

Yo quería conversar y bromear á costa de los compañeros de excursión, pero Letta no se quiso hacer mi cómplice y se entregó decididamente á la lectura de un periódico.

Entonces me puse á mirar por el postigo del tren.

Estábamos en plena campiña neerlandesa. El sol de Febrero vibraba sus mejores rayos; pero el cielo, de un gris uniforme, no aspirante siquiera á ser azul, me pareció antipático. No vestía brumas, es verdad, pero tampoco se adornaba de azul por la reina. Su neutralidad me chocó. La campiña sí estaba de gala: al fin, holandesa. Vestía de blanco, de un blanco puro, de un blanco ideal, de un blanco de azahares, de un blanco de novia. Nunca ví tanta blancura. La tierra era un polvo de mármol. Creyérase que la campiña produjo una vegetación blanca. Por doquiera la nieve florecía. Los canales, helados por el rigor de Febrero, dividen en cuadros con su blancura un poco azulosa la inhollada blancura de la campiña, que luce como tablero deslumbran-

te de ajedrez. Los canales son las venas de la llanura. De cuando en cuando un molino pasa á toda carrera. La sombra del molino mancha el paisaje polar, rompe la monotonía, interrumpe aquella silente música de una sola nota. Los ojos fatigados se posan como en descanso en la aparición del molino, que huye del horizonte, en sentido contrario del tren, y en segundos se borra del paisaje.

Otras veces una casuca de hortelano, perdida en la llanura, echa al aire su aliento El humo doméstico se contorsiona en el espacio como un acróbata, y sube al cielo en tirabuzones de sombra como si quisiera descorchar las invisibles estrellas.

Y vuelven los ojos á caer sobre el horizonte blanco, sobre la sabana de nieve, sobre aquel extraño Océano de espumas inmóviles.

Al ver esta persistente y fatigadora blan-

cura se piensa en aquel infame antiguo que amarraba prisioneros frente á un muro blanco, besado del sol, hasta que cegaban los infelices, en medio de suplicantes dolores.

A la postre se arriba á La Haya. En maltrecha victoria, resíduo de fiesta, Letta y yo recorremos la ciudad, que es una colmena. Las calles, plenas de multitud, no pueden transitarse. Equilibristas, titiriteros, Hércules de cotarro, decidoras de la buena ventura, trabajan al aire libre, á los ojos de la muchedumbre. Los alquiladores de sitios para ver á la reina pregonan á grito herido la excelencia de sus locales. Taburetes, sillas, carros, balcones, árboles, todo se alquila.

Por donde quiera salen volando músicas bulliciosas.

Los colores del duque—amarillo, azul, rojo,—son aquellos colores de la antigua bandera que llevó Miranda á la América; los

mismos colores de la Gran Colombia de Bolivar; los colores nacionales de Venezuela, Nueva Colombia y Ecuador.

La vieja ciudad bulle.

Y cuando la reina pasa, bajo los floridos arcos de rosas y camelias, precedida de húsares, entre filas de tropas, en su carroza de oro y grana, blanca de azahares, junto á su novio, apenas se percibe un solo hurra, apenas se escucha un solo grito, un solo entusiasmo clamoroso, mientras la multitud bate pañuelos, abanicos, sombreros, y recoje las sonrisas y las inclinaciones de cabeza de la gentil soberana.

Es la una del día. Todos los restaurantes rebosan de gente. Muerto de fatiga, hastiado de la multitud, colérico aún con el miserable cochero que me estafó, y hambriento, sigo á Letta á un retiro que ella conoce y donde podremos comer y descansar,

Presa del malhumor, camino junto á Letta silencioso; pero de repente río á una observación que ella me hace: el escudo de armas de Maclemburgo, patria del novio, que paramenta varios edificios, muestra en sus cuarteles, singular cabeza de toro.

—Yo soy muy supersticiosa, afirma Letta, con su emponzoñada y eterna ironía.

No puedo menos que reir; pero el silencio cae de nuevo sobre nosotros.

De pronto, á la vuelta de una esquina:

—¿Ves esa casa?—me interroga.

--Sí, muy hermosa.

—No, hombre, no es eso; sino que ahí vivía Enrico.

Yo me indigné. Qué animal era. Sólo á una mujer como ella se le podía ocurrir darme tal noticia.

Enrico era el otro, *el primero,* el italiano,

el hombre feliz que la conoció y pudo amarla antes que yo.

—Mira, querido, te estas poniendo en ridículo. Qué mala memoria tienes. ¿No me has dicho muchas veces que al venir á La Haya te señalase donde vivía Enrico? Encontramos la casa en el camino y te la muestro. Eso es todo.

Yo murmuré torpemente una excusa.

Entonces ella empezó á decirme cosas dulces.

—Tus celos, mi vida, son irracionales. Tu sabes que yo te quiero á tí, á tí no más. ¿No me he dado á tí, olvidándolo todo?

Caminábamos el camino poco á poco, ya lejos de la ciudad, en pleno bosque de La Haya, sitio de un hotel, sitio del nemoroso hotel de retiro á donde iba con Letta.

En despreocupado alarde fuí yo entonces

quien empezó á conversar de Enrico, el *attaché* italiano.

Terminé por repetirle preguntas insensatas, de una estupidez imponderable:

—¿Qué te sedujo más en él? ¿Cómo te resolviste á darte?

Ella me respondía con cierto placer íntimo, porque en el fondo, aunque mis celos la mortifiquen, gusta el despertarlos, con una voluptuosidad completamente femenina.

Con sus respuestas yo sufría; sobre todo cuando ella, maliciosa, preconizaba en Enrico una virtud ó un rasgo de que yo carezco.

Advirtiendo mi silencio hostil, lleno de reproches fulminantes, Letta cortó su discurso.

—A él lo quiso—terminó diciéndome,—cuando era yo una inconsciente; para tí es lo mejor de mi alma, si para él fué lo mejor de mi cuerpo. Mi amor por tí es un amor de

plenitud. Este amor no es para mí una sorpresa agradable, sino un voluntario y encantador sacrificio.

Arribábamos al hotel, luego de una hora de caminata al través de la ciudad y el bosque. Pedimos de almorzar. Era muy tarde: no había.

Entonces yo estallé, feliz de encontrar un pretexto al principio; luego, sin máscara, volví á mostrar mi corazón.

—Tú, Letta, sólo tú tienes la culpa. ¡No quisiste esperar en la ciudad á que algún restaurant se desocupase un poco! Pero ahora comprendo: querías ver la casa de Enrico y entregarte á dulces recuerdos de amor. El imbécil soy yo. No tiene usted, señora, todos los días de su vida para venir á soñar con sus pecados de ayer? ¿Por qué escoge usted el día en que viene conmigo para entregarse al placer de la evo-

cación? Esto es canalla. Esto es una ruindad.

Ella me interrumpió muchas veces; pero como yo no hice caso de sus palabras, terminó por callarse, mientras yo la acusaba en todos los tonos, la hería en todos sus orgullos, y entonaba en mi alma los funerales de aquel amor.

En el camino, en La Haya, en el tren, en ninguna parte nos volvimos á hablar.

Esa noche, ya de regreso en Amsterdam, cuando estuvimos á pocos pasos de su casa, le dije:

—Ya estás cerca; adiós.

—Adiós—me dijo ella.

Quería separarme; pero no pude.

—Oye, Letta, ¿no tienes nada de qué arrepentirte?

Yo temía su respuesta. Pensaba que pudiera decirme: «No». Pero Letta se abalanzó

á mí en mitad de la calle, me dió un beso, y me dijo:

—Perdóname.

Pobrecita; yo no tenía de qué perdonarla, aunque me había hecho mucho daño. Temeroso estaba allí mismo de perderla para siempre.

En mi corozón las campanas tocaron aleluya.

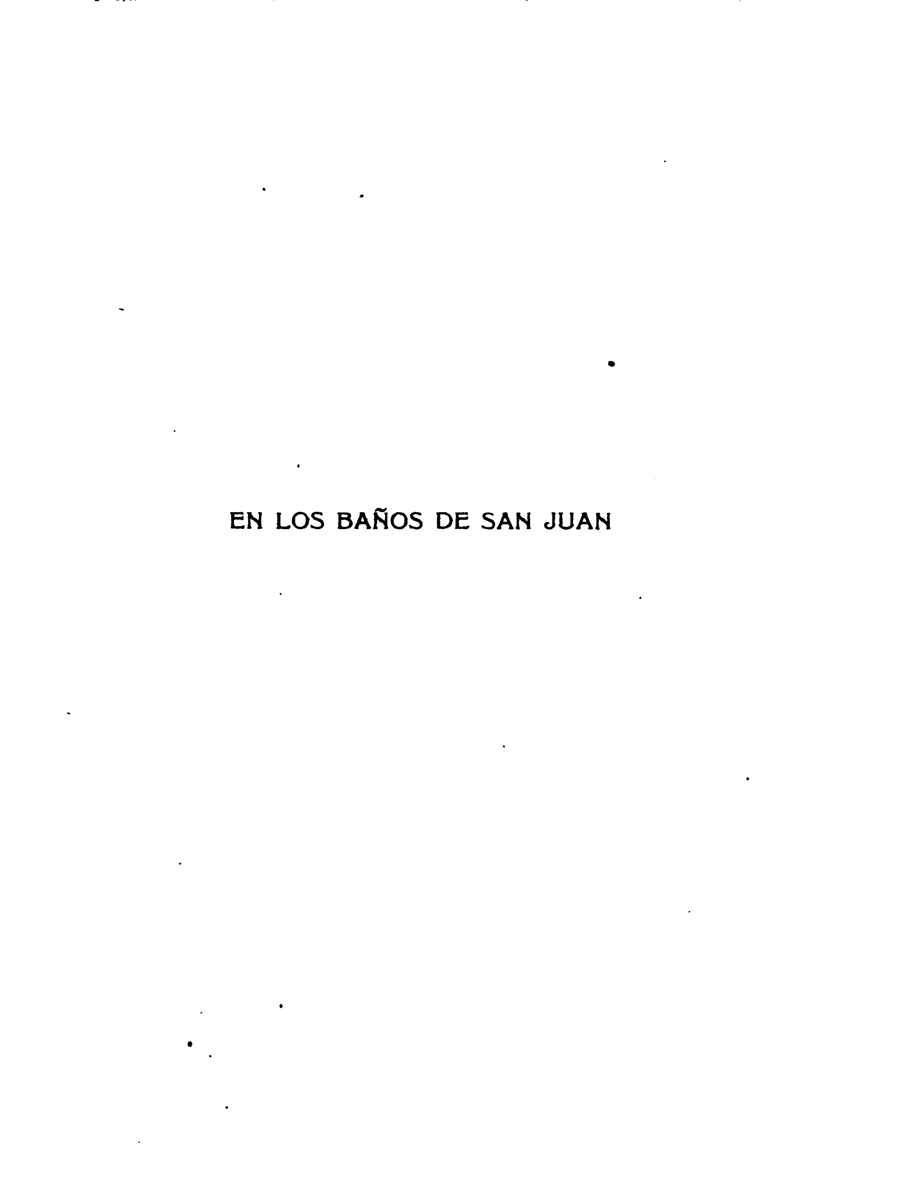
Esa noche sus besos me parecían más dulces; su cara más hermosa; su cuerpo más elegante; su amor más noble, más intenso. Esa noche la amé con más amores.

Y vimos otra vez, de fantasía, los árboles florecidos de gente, las ondeantes banderas, los risueños arcos, la multitud oceánica y la cabeza de toro del duque.

Y pasaron en nuestra charla, esa noche, como en el día á nuestros ojos, mujeres de Frisa, tocadas de cascos de oro; natura-

les del Brabante, con sus vestidos exóticos, de un ridículo pintoresco; molineros de Leide, marinos de Scheveninge, hortelanos de Haarlem...

Y pensamos también en Guillermina, la rubia flor del trono, la reina de tempranas primaveras, la soberana que, poderosa, querida, objeto de todos los homenajes, vió un día, sin embargo, la soledad de su corazón, tuvo la imperiosa, dulce necesidad de inclinarse, el anhelo vago y fuerte de amar de amores.



# EN LOS BAÑOS DE SAN JUAN

## En los baños de San Juan.

Las termas, de muros renegridos, se levantan al pie del monte. Sus techos, brillantes de las lluvias, rojean en medio de los árboles, rojean como llamas de rubíes. A la distancia, el viajador iluso, ve una fresca amapola entre esmeraldas.

Se sale del pueblecito, rumbo al monte, por una vereda. Primero es un camino de quiebras, montañoso; después se baja á un río de mansas corrientes cristalinas, donde

abrevan caballos. A la izquierda, á la sombra de una acacia que se inclina sobre las aguas murmurantes, como un dosel, como un baldaquino de hojas, en un remanso transparente se bañan mujeres desnudas. Parecen ninfas. Un día cantaban canciones: parecían sirenas. Yo miraba con ávidos ojos de amor á esas ninfas culebreantes en el agua, ninfas del patrio río, ninfas de una admirable y ática impudicicia, el cuerpo acanelado por los besos del sol.

A poco de pasar el río, luego de subir una cuesta, aparece una llanura, como el ancho plinto del monte.

La llanura se despereza, como una mujer, hasta los estribos de la montaña. Su manto, de un verde borroso, como el de un fresco de Puvis de Chavannes, tiene salpicaduras aureas, como si hubiese llovido sobre ese manto lluvia de estrellas. Es que los opulen-

tos botones de oro abren por donde quiera sus corolas brillantes.

Fué una mañanita de Julio. Alegre como un tritón, dentro del agua tibia y bienhechora, miraba yo deshacerse las espumas en estrellas de plata. Súbito, del baño contiguo, surgió vibrante y melodioso el canto de una mujer. Pensé un momento en las morenas ninfas del río. Pero este canto no era un canto popular del país, sino una deliciosa romanza extranjera que decía del amor.

La voz, muy modulada y muy dulce, voz de artista, se quejaba lánguidamente. Luego ascendía, poco á poco, arrastrándose como un herido, hasta un lamento desesperado.

Permanecí unos instantes suspenso.

La mujer cantó algo más quejoso y romántico; y luego no escuché sino el silencio.

Y me puse á pensar: ¿quién puede ser, cómo pudo llegar al corazón del país, á estas

montañas salvajes, al través de caminos que dan vértigo, esa mujer, esa extranjera, esa artista?

Debe ser un alma infeliz, extraña y romancesca. ¿Qué novela rústica ha venido á vivir esa extranjera; qué égloga virgiliana busca esa desconocida; qué drama quiere ocultar en la umbría de montañas ignotas ese corazón; qué solicita esa mujer?

Me gustaría amarla y tejer un idilio venturoso al amparo de los árboles silvestres, bajo los araguanelles florecidos de oro, al pie de verdes acacias florecidas de púrpura.

Luego supe cómo era la bañista una francesa, joven, de largo velo tupido, según daba á entenderme el gárrulo montañés del balneario.

Quise pormenores:

—¿Viene sola?

—No, señor; con su madre.

—¿Cómo sabes que es su madre?

—Lo dicen; yo no lo sé. Apenas hace nueve días que toman los baños; tempranito llegan, casi al amanecer. Yo no he visto á la niña de cerca. Ella no habla con ninguno; dicen que no sabe español; la señora, sí. La niña se la pasa cantando en francés, como hoy, cosas tristes de por allá.

No pude menos de sonreirme.

Aquel idioma francés que oía el rústico bañero, no era sino italiano, lírico, puro italiano, el castizo italiano de las romanzas.

Al siguiente día, con el alba se abrieron mis ojos.

En el patio de la casa erguía su copa un limonero; esa mañana, el limonero no sólo derramaba su copa de perfumes, sino que llovía músicas. Lleno de pájaros melodiosos, cantaba como un piano, como una lira. El

perfume y el canto, volando juntos en las alas del viento, se mezclaban, se confundían, hasta dejar la impresión de una música perfumada.

Cuando arribé á los baños, la incógnita y su madre eran partidas, según me expresó el bañero.

Sentí un desasosiego inexplicable. Me pareció que faltaba la extranjera á una cita de amor. Luego me reproché á mí propio el cavilar sobre una mujer á quien no conocía.

Sin embargo, madrugué á la mañana siguiente; pero no tanto como las extranjeras que ya hacían, dentro del baño, ruidosas ablusiones.

Y me puse á esperar.

La voz fresca, juveníl—ahora en genuino francés—empezó una canturía y luego la romanza de *Mignon:*

*Connais-tu le pays*
*ou fleurit l'oranger;*
*ou la brise est plus douce*
*et l'oiseau plus léger.*

El canto finalizó junto con el baño.

Al abrirse la puerta, yo, anheloso de ver, ví una cosa terrible.

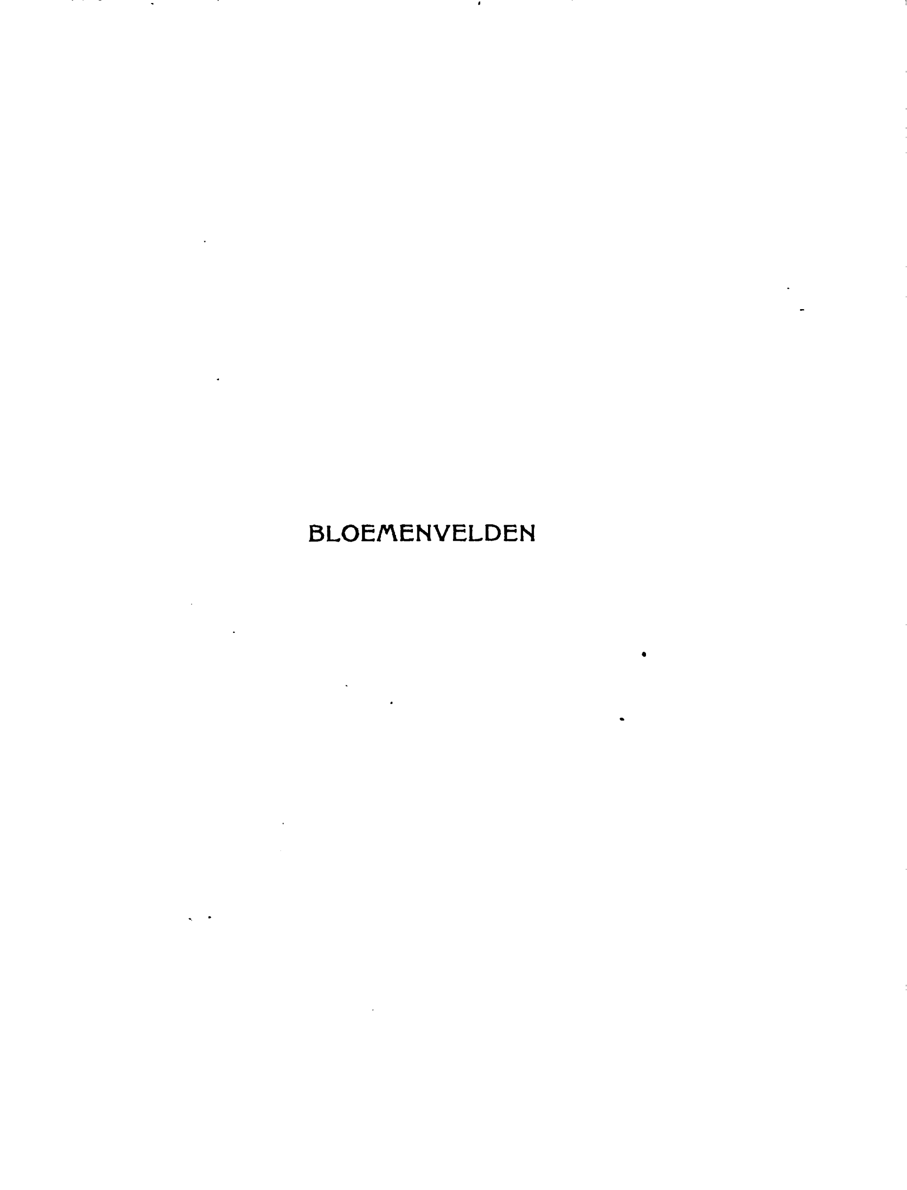
La cantora, segura de que nadie llega á bañarse tan de mañanita, cierta de la soledad, se aventuró en los corredores sin echarse por completo sobre la cara el velo. Al través de la gasa ví, en una visión de relámpago, un monstruo de mujer, las orejas agarrotadas, la nariz purulenta, las carnes comidas de lepra.

La mujer, al advertirme, súbito corrió su velo; y mientras ocultaba su rostro exponía la miseria de sus manos sembradas de tubérculos.

La enferma y su madre se perdieron sua-

vemente en el horizonte, al trote de sus caballerías, y aun miraba yo, meditabundo, las esmeraldas y los záfiros luminosos que la mañana vertía como una canéfora sobre los campos y los cielos.

Y no acertaba cómo salir de aquel raro sueño cambiado en pesadilla.



# BLOEMENVELDEN

# Bloemenvelden.

Llegaba de Inglaterra, en cuyo cielo todavía flotaban brumas. El invierno, vencido á saetazos por un sol de primavera, volaba en alas de una cuadriga de nubes, volaba llevándose el manto gris, la corona de perlas opacas, todas su plutoniana realeza vencida.

En su rápida fuga por el cielo había dejado caer, pocos días antes, un harapo de su manto roto, y un racimo de perlas de su corona. Por eso la tierra, días atrás, estuvo

envuelta en una sombra; por eso la tierra, en el jocundo abril, apareció escarchada con las perlas del invierno.

En Holanda triunfaba con más pompa la primavera. Los prados de Haarlem florecían maravillosamente. Desde la ventanilla del wagon me sentí deslumbrado. Aquella campiña, poco antes, era un sudario de nieve; ahora la llanura florida radiaba.

Flores surgían de la llanura, como del misterio de una inmensa crisálida un vuelo de mariposas. La sonrisa de las flores iluminaba la tierra, como si la tierra fuese una fragua de arco-iris.

Por tercera vez, en pocos días, me arrastraba la intensa voluptuosidad de los ojos; por tercera vez iba á admirar aquellos prados que hicieron la gloria de Huysum. Los había visto sólo; luego en compañía de un poeta y de la amada Musa de ese poeta; aho-

ra los miraba en dulce compañía de mujeres.

Es muy beneficioso contemplar paisajes; leer libros; ver esculturas, lienzos; hacer viajes—en sociedad con alguien, ya que solos se nos escapan muchas veces matices y detalles de las cosas; pero es doblemente útil hacer las mismas excursiones á las ideas y á los países,—ó contemplar las mismas obras y los mismos horizontes con séres de temperamento, condición y carácter desemejantes.

Más de que pueden estudiarse las distintas impresiones que la misma causa produce en distintas almas; más del noble y secreto placer de encontrar la razón de las diversas impresiones anímicas, se agranda en uno la inteligencia de las cosas, nuestros ojos aprenden á ver más y mejor, y del fondo del propio sér se levantan á la vida sensaciones

é ideas que llevábamos en nosotros, sin saberlo.

Así los bloemenvelden, que vale decir campos de flores, produjeron en mí distintas sensaciones.

Mi primera impresión fué un deslumbramiento. Los colores me embriagaron como un vino generoso; dentro de mi alma cantó la luz.

La vez segunda, y gracias al poeta, comprendí correlaciones y misteriosos paralelos entre bardos y pintores; por qué influye más el color en los pintores del Norte que en los poetas, lo contrario acaso de lo que pasa en el Sur.

La tercera vez...

Por la angosta calleja rústica, bajo la cúpula de un verde muy claro, en el claro día de primavera, pasa nuestro faetón lleno de orgullo, dando al viento sonoras charlas.

Canales, paralelos al camino, se duermen á la sombra de los castaños copudos.

De cuando en cuando un aliento de céfiro produce escalofríos sobre el agua; corre por las serenas linfas escala de temblores, y crespa la superficie de los canales enjutos.

Desde la avenida, por los intercolumnios de árboles, como desde un palco de coliseo, se mira y se admira la sabana llena de flores y de sol. La llanura es un mar de olas blancas, de olas azules, de olas carmesíes, de olas doradas. Pero no, no es mar, sino más bien un cielo de constelaciones color de crema, color de rosa, color de púrpura. Las flores, sin un arbusto, sin tallo casi, parece que brotan de la tierra como las espumas brotan de la onda.

A la vista de aquel prado recordé, si bien de un modo vago y confuso, unos versos de Shelley muy conocidos.

Los ojos alcanzan por dondequiera aquellos cuadros de jacintos, de tulipanes, de narcisos, cuadros de simetría perfecta, cuyos matices, casados con la maestría de un pintor, adulan y regalan el gusto.

Los del coche traducíamos de un modo ingénuo nuestra ingénua admiración.

—Hermosísimo.

—Precioso.

La muchacha de mí lado, parisiense de Holanda, más fresca y más hermosa y más fragante que la admirada campiña, ilustraba mi curiosidad.

—Los padres, los abuelos de esos hortelanos no han hecho nunca otra cosa. Ellos mismos no saben sino plantar y cosechar flores.

—¿Y en invierno?

—En invierno trabajan y preparan la tierra, plantan las semillas, las preservan de la helada, las celan con amor, y ahora, en pri-

mavera—ya usted vé,—las admiran, las hacen admirar y luego las venden.

Yo expresaba á mi dulce compañera cómo creía magnífica—apesar de la tradición, del buen gusto ignato, de la sabia experiencia, —aquella gracia exquisita de cultivo que transforma á los humildes floricultores en estetas.

En medio de mi peroración me interrumpió á mis espaldas la más joven, aunque no la más hermosa de mis compañeras.

—Mire, mire.

—¿Qué?

—La bandera española.

Una faja de narcisos de un amarillo violento, en medio de dos bandas de jacintos de púrpura, fingían una orgullosa, espléndida, bandera de España.

Sobre aquel mismo suelo de Haarlem, cuatrocientos años atrás, aquella misma bande-

ra flotaba para los ojos holandeses como signo de horror; á su sombra rodaron en la muerte doce mil españoles, y la ciudad, rendida, fué acuchillada. La púrpura de las alas de esa bandera, allí se retiñó en su propia sangre y en la ajena. Verdugos de aquel pálido asesino que la historia conoce por Felipe II, y el odio talionario y encendido de los sitiados, jugaban á la pelota, de campo á campo, con cabezas de víctimas.

España en aquel tiempo era la Fuerza; y la Fuerza, como los gases, tiende á la expansión.

*Crímenes son del tiempo y no de España,* cantó el poeta; pero los crímenes no fueron sólo del tiempo, como no fueron sólo de España. Los crímenes de la Fuerza son de la Fuerza misma; son efecto irremediable, fatal. Un terremoto no es bueno ni es malo: es terrible. La guerra es una forma del poder

terrible de la naturaleza. Pueden cambiar los tiempos, pero no cambian los estragos de las conquistas. No fué más cruel la España de los siglos XV y XVI cuando hacía tabla rasa de la civilización indígena de América, y diezmaba la flor de los imperios, que la Inglaterra de ahora ametrallando á los Derviches, sometiendo á los Ashantis, crucificando á los Boers, bebiéndose la mitad de la sangre y de las lágrimas que han vertido los hombres en el siglo XIX.

Ved lo que pasa en China, en la aurora del siglo XX. Una gavilla de pueblos se echa encima de otro pueblo, en nombre de la civilización; y luego de atar los gavilleros al vencido, luego de clavarlo en cruz, registran los bolsillos del expirante y lo despojan de su dinero. Orgullosos paises, enemigos ó rivales, como Francia y Alemania, como Rusia é Inglaterra; grandes naciones que se dicen

la cuna de la libertad, como los Estados Unidos, se juntan, se apandillan, en el negro propósito de someter y pillar á un pobre diablo de pueblo.

En nombre del progreso, los hijos de Europa, con el auxilio de yanquis y japoneses, en el Extremo Oriente saquean palacios; en nombre del comercio arruinan las poblacionen; en nombre de la moral—esposas, madres, vírgenes,—son pasto de la lujuria soldadesca; en nombre del cristianismo se destruyen los venerables templos de venerables divinidades aborígenes; en nombre de la civilización decretan la muerte de los príncipes y los héroes, dan al fuego los manuscritos seculares de la historia de China; y el odio arrasa lo que la codicia desprecia.

Por donde se mira cómo es buena, santa obra, el destruir á los fuertes: el reducirlos á una impotencia relativa, á objeto

de que pierdan su instinto de acometividad.

El veneno, el pnñal, la dinamita son loables, como son loables todos los medios conocidos de destrucción, y los que yazgan en la conciencia de futuros descubridores, para destruir esas grandes unidades de pueblos, agresivas y feroces, como Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania, los Estados Unidos.

Algo decía yo de esto á mis amables compañeras de campo, si bien no de manera tan ceñuda. Oyéndome se espantaron, ó fingieron espantarse, los risueños abriles de las jóvenes.

--Usted es un anarquista, un nihilista, un loco. Pero usted, no puede pensar así; eso es *blague*.

—¡Ah! usted es un *poseur*. Quiere que lo tengamos por un hombre terrible; pero un hombre que se ríe como usted se ríe, enseñando la blancura de los dientes y la blancura del al-

ma, no puede ser un malvado; no puede, no puede ser.

La poca sinceridad de los escritores, pensé, y de todo el mundo en general, contribuye á que dudemos de los pensamientos más probos, y contribuye, además, á que dudemos de que un hombre pueda traducir en actos muchas de sus ideas.

Por eso mis amigas imaginaban que yo no era sincero al expresarme; ó por lo menos que había un feliz divorcio entre la ferocidad de mis ideas y la cultura de mi educación. Después de todo ignoro si estaban en lo justo.

Cuanto á los holandeses, no han olvidado la historia de su guerra con España: ahí está en los museos, escrita en colores, para todas las edades. Presentes á la memoria de las generaciones, ahí están los episodios de aquella liza de pueblos distanciados por la historia, por la geografía, por la ra-

za, por la religión. El duque de Alba es aquí un personaje de actualidad.

Pero guardar un rencor semejante al través de los siglos, conservar un odio histórico con tal celo, es virtud exclusivamente holandesa.

—Ustedes los españoles, dice á mis espaldas la señora, la madre de las chicas; ustedes los españoles...

Pero no concluye la frase... Su sonrisa me parece inoportuna é imbécil; y yo pienso al ver aquella osa que ha pasado diez años en París, en la frase del divino Heine: *Lutecia, pulidora de osos.*

Heine debió de referirse á los osos en agráz.

—Ustedes los españoles...

Y al decir esto la señora me regalaba con una sonrisa de coquetería, completamente nacional.

A mí me entraron deseos de darle un puntapié en el estómago; de ese modo vertería, pensé, toda su pasmada sonrisa burda.

En medio del campo encontramos un café restaurant. Tomamos unas copas de Oporto; pero se convino que almorzaríamos en Haarlem, á objeto de visitar el Museo de la provincia.

—¿Usted lo conoce?—me interrogaron.

—Sí.

Es un Museo muy pobre; apenas hay obras de Frans Hals.

—Si usted supiera, señorita; yo soy un entusiasta admirador de Frans Hals. Yo reconocería un Frans Hals entre mil cuadros: sin ir mas lejos, eso me acaba de suceder en Londres. Creo que Frans Hals puede llamarse pintor insigne en la patria de Rembrandt. La expresión de regocijo de sus cabezas, la admirable y radiosa vida de sus tipos, el al-

ma de sus figuras producen honda, sana, sincera necesidad de admiración. En ese pintor es altísimo el poeta. En el gran lienzo de Van der Helst: *Banquete de milicianos*, maravilloso de toda maravilla, admira uno la delicadeza del detalle, la robustez del conjunto, la verdad de la obra; y sobre todo aquel mosaico de hermosuras diminutas, adquiridas á paciencia, que harmonizan, engrandecen, avaloran la hermosura, magestuosa y serena, del cuadro. Pero Frans Hals, con ser detallista y pintor de la verdad, ilumina la realidad, la forma precisa y elegante, con una luz interna que pone á sus cabezas, ya en la sonrisa, ya en los ojos, ya en la blancura de la frente. Frans Hals tiene adivinaciones de almas. El nimba sus cabezas de yo no sé qué halo de poesía, reflejo de la vida mental del sujeto á quien pinta.

Nuestro coche radiaba y perfumaba con

luces y fragancias de jacintos, tulipanes y narcisos. A cada paso, de los bordes del camino salían muchachas campesinas, las manos llenas de flores; y era casi deber, algo como tributo de visitante, complacer los abriles rústicos y harapientos de todas las floreras.

La muchacha, mi vecina de asiento, colmada de manojos de jacintos, y con su traje de primavera, radiaba de hermosura. En su diestra iba empuñando, como el cetro de Flora, un manojo de jacintos blancos.

Yo le pedí el manojo, hundí la cara en la pulpa de nieve de los jacintos, aspiré hasta embriagarme el aroma; y como si fuese el manojo una mano de mujer me puse á sembrar de besos aquella blancura fragante.

Eso me produjo placer físico, sensación de bienestar, como si mi cuerpo se hundiera en una piscina virtuosa, de virtud mágica. Al

propio tiempo vibró mi alma; hasta pensé que le nacían alas; algo como la bondad me llenó el pecho; una dulzura generosa apoderábase de mí. En aquel momento, yo amaba algo, sin duda. Ese algo, en aquel momento, me hubiera impedido cometer una villanía.

Mi compañera, viéndome besar y respirar las flores, se inclinó hacia mí para decirme, con acento que yo no le conocía:

—Usted es un voluptuoso.

—Amo lo que fulgura—le repuse,—lo que aroma, lo que embriaga, como las joyas, como las flores, como los besos. Amo todo lo que seduce. Por eso la amo á usted.

Inclinándose de nuevo sobre mí, ella sonrió á mi frase con una sonrisa maliciosa; y dijo:

—Me está usted haciendo una declaración... en familia.

Los jardines luminosos, el cielo radiante,

el aroma de los jacintos, el vino de Oporto, y la primavera y la charla tenían la culpa, al unísono, de que á las puertas de nuestros corazones llamasen, aquel instante, la poesía, la voluptuosidad, la juventud, el amor.

Mi reputación de auriga, no muy bien cimentada, sufrió un terrible descalabro con la aparición súbita de una florera. Asustóse uno de los caballos del tiro; yo fustigué con rabia á la bestia y con rabia partió á correr el tronco por el estrecho callejón, sin que mis fuerzas alcanzasen á detenerlo. Luego de un buen espacio de carrera, peligrosísima por la estrechez de la vía, salimos fortunosos de la aventura, ya que ningún vehículo ni obstáculo encontramos.

Del pánico repuestas, confesaban las muchachas la mentira de no haberse turbado; y mientras la venerable osa me declaraba inadmisible automedonte, de las frescas gar-

gantas partía, vibrando en los aires, la alegre música de un coro de risas.

—Confiéselo usted mismo—insistía la rubicunda osa mayor,—confiéselo, no sabe usted guiar.

—Señora, yo soy capaz de conducir los caballos del Sol.

## De París.

*3 de Febrero.*

Viaje muy placentero de Amsterdam á París. En Anvers entraron dos mujeres en el compartimiento del wagon donde yo había quedado solo. Cuandc el tren llegó á Bruselas éramos amigos. Subieron en Bruselas una amartelada pareja y un joven belga, por donde vinimos á encontrarnos solos y

juntos tres parejas de jóvenes. De las muchachas de Amberes, la mayor, como de treinta años, traía consigo un hijo de ocho á diez. El chico era el único sério. Los demás nos divertíamos como si derrochásemos en horas una vieja provisión de alegrías. Dos botellas de Jerez que saqué de mis valijas, un frasco de brandy que traía el bruselense, y la cerveza que obtuvimos en las estaciones, rociaron nuestra charla; y las gotas de licor cayeron sobre aquella inflamable juventud como un chorro de kerosene en un brasero.

Cerramos nuestro compartimiento, corrimos las cortinillas... y á París.

A poco alguien notó que de un rincón partían sollozos. Era el muchacho que, la cara contra la pared de terciopelo del wagon, gemía.

Le preguntamos:

—¿Qué tienes?

—¿Qué te pasa?

Él repuso:

—No tengo nada.

Le ofrecieron un racimo de uvas.

—No quiero—dijo.

El chico fijó la vista en su madre. Su madre sí comprendió aquella mirada, porque volviéndose á nosotros, exclamó:

—Siempre es lo mismo. Le disgusta que yo me divierta.

É irónica añadió, mirando al chicuelo:

—Mal hijo.

Por las mejillas del muchacho, mudo, hermético, impenetrable, corrieron lágrimas. Y el belga, que abrazaba á la madre, se puso á hacerle cosquillas al chicuelo, diciéndole:

—¡Ah! celosillo, celosillo...

El que no vió aquellas mudas lágrimas no sabe lo que es dolor.

*5 de Febrero.*

Asisto á la representación de *La Tierra*, de Emilio Zola. ¡Qué hombre tan grande ese hombre! Las pasiones contemporáneas dicen de él que ha hecho el mayor esfuerzo posible á objeto de erigirse un pedestal de basura. Y todo porque este hombre ama la verdad y la vida; porque llamó á las cosas por su nombre; porque pintó á los jorobados con su giba, y puso á andar á los patojos como patos; porque supo crear séres animados de pasiones é instintos humanos, y no redujo los instintos, ni las pasiones—ni en número, ni en intensidad, ni en efectos—como la relamida literatura oficial, clásica y nula.

A los reformadores en arte, como en religión, como en política, les sucede lo mismo. Todo el mundo es vulgo, enseña Maquiavelo. Y acostumbrado el vulgo, es decir, todo el mundo, á la idolatría:—idolatría de un dios, de una estética ó de una costumbre,—se yergue en furia contra aquellos que interrumpen sus viejos amores irrazonados, su pereza mental,—contra aquellos que señalan ó crean la belleza nueva, la nueva divinidad ó la reforma de las sociedades. Pero esos creadores y reformadores son los grandes, son los héroes, según Carlyle. La multitud aceptará tarde ó temprano la imposición de los *héroes*, hasta encariñarse con esa imposición, cuando la imposición, por el uso, conviértese en hábito.

Y cuando la estética, la divinidad ó la reforma impuestas deban ceder el paso, por inútiles ó añejas, otros *héroes* empe-

zarán la misma lucha, y la misma imbécil y despreciable multitud se aferrará á la cosa moribunda: estética, divinidad ó ley.

*10 de Febrero.*

Hoy es domingo de Carnaval. Anoche asistí al baile de la Opera. Trofeos del baile, unas violetas se marchitan sobre el mármol de la consola, y del ropero cuelga melancólicamente, con la tristeza de una alegría pasada, un dominó color de rosa, de mujer. El día se levanta bello. Por mis ventanas entran juveniles rayos de sol. Extenuado por los excesos de la noche, mis manos tiemblan. Me parece tener cien años. En un sillón, frente á la ventana, miro viajar el sol; y sueño...

Por mi cabeza pasan versos:

*¡Y ésto se llama juventud y vida!*
*¡Y ésto se llama Abril y primavera!*

Ahora comprendo magnífica esta frase de un personaje de Rod, refiriéndose á su tristeza, á su fatiga, á su disgusto de todo, á su hastío.

—*J'existe dans un perpétuel lendemain de fête.*

*16 de Febrero.*

He visto representar *Les noces corinthiennes,* obra juvenil de Anatole France. El joven dios galileo aparece en un corazón de madre y turba un voto de amores humanos, en un hogar gentíl, en Corinto. Lindos versos, jardín de ideas, cosas de poeta, sagacidades

de filósofo, de todo eso hay en Anatole France, y de todo eso hay un poco en *Las bodas corintias.* Encanto produce al artista espectador la pieza; emoción al espectador burgués, ninguna. Triunfos de teatro no triunfan allí: es una simple y encantadora corriente de versos. Y lo que más impresiona al público cristiano de ahora es la sinceridad con que el novio de Corinto exclama, al ver á su novia encadenada á un voto de la nueva religión:

*Yo no he ofendido nunca á ese Dios; Él no puede quererme mal; yo no le conozco.*

El sutil Anatole France presuponía, de seguro, tal extrañeza del auditorio, porque es pródigo en producirla. El padre de la novia se lamenta de aquel dios que no ama el placer, ni la juventud, ni la vida, sino la tristeza y la muerte; y ella, la prometida, también prorrumpe en querellas contra el joven é

intruso dios, ayer no más desconocido, que se alimenta de lágrimas y no comprende la vida como las rientes, eternas divinidades paganas.

*22 de Febrero.*

Asisto al *Cabaret de la mort.* El espectáculo macabro empieza con visos de ridículo. Al entrar se halla uno de pronto en cierta sala fúnebre, casi á obscuras. Los clientes apuran su cerveza «envenenada,» como anuncian los tétricos servidores, ante urnas color de ébano; beben cantando responsos. Delante de cada cliente arde una cera, diminuta caricatura de cirio. De las paredes cuelgan cuadros. La sala está pletórica de público. Uno de los sirvientes, paramentado de negro al modo

de un empleaducho de Agencia funeraria, una tibia en la diestra, y en voz que él imagina sepulcral, como voz de ultratumba, inicia el espectáculo. En la pared un cuadro se ilumina. Pierrot, al borde de un río, bajo el arco de un puente, da una serenata á la luna. Cuando menos lo imaginamos, Pierrot se torna osamenta y la mandolina vierte su música entre las manos de un esqueleto. Otro cuadro es una visión de artista. El artista, ébrio, á media noche, comienza á ver en el aire una ronda, una danza macabra. Los esqueletos gesticulan en el espacio. El artista, meditabundo, la riza cabellera entre las manos, sigue con la mirada la espiral de su sueño... Luego es el turno de Romeo y Julieta. Allí mira Romeo, con ojos de horror, cómo su gentil novia se cambia en calavera espantable. Por último aparece Napoleón en Watterloo; y á la vista

del público, poco á poco, se va realizando el sueño de Zedlitz, el sueño del poeta alemán que evocó la macabra *Revista de media noche.* El Emperador del cuadro palidece, los soldados se perfilan, y pronto un Napoleón fantasmal sólo comanda un ejército de esqueletos.

Los guías invitan al público á seguirlos. Cada quien porta su diminuto cirio en 'a diestra. Se atraviesa un pasadizo obscuro y se arriba á una suerte de cripta, cripta apenas iluminada por lámparillas de aceite, como en las iglesias. Al fondo hay un ataud. Alguien se presta, á instancias del guía, á entrar en el ataud. Allí le cubren de un sudario, salvo el rostro. El guía rezonga un discurso aterrorizante. Campanas invisibles tocan á muerto; y cuando terminan las campanas y empieza á la distancia una música fúnebre, el hombre del ataud ya se ha

muerto. La blancura mortal, lo invade. Después, los rasgos desaparecen; las órbitas se hunden, se agrandan, se anegran; y la cara se torna calavera y el velado cuerpo esqueleto.

Los chuscos de la concurrencia aventuran chanzas.

—Saca la lengua, Fulano.

—Suénate.

—Cuidado como te quiebras un hueso.

Otros no hablan, ríen; ríen nerviosos. Pero muchos piensan, de fijo, en que ese muchacho entró segundos antes en la fúnebre caja lleno de vida, y que ahora yace allí trocado en hueso, en polvo, en nada. Y como esa ilusión óptica de hoy es la verdad inevitable de mañana, muchos no ríen; ó ríen nerviosos.

Luego nos conducen á otra cripta no menos sepulcral; y se abre la página libidinosa, empieza la escena de sensualismo de esta

comedia macabra. Evocan á D. Juan. Comparece un espectro galante y quiere violar á una mujer. Al osado beso del espectro la dama desaparece.

Una linda, acicalada chica surge en el escenario; arrodíllase; abre un libro de misa y empieza á rezar. De pronto, sin darse nadie cuenta, se la ve desnuda ó en camisa. Aquí el público goza como un chicuelo, ríe á mandíbula batiente, piensa en alta voz y asórdase á sí propio con sus chistes y con sus carcajadas.

A la postre, cuando salimos, ya la primera sala, aquella sala de los cuadros, está repleta de espectadores que esperan su turno. De nuestra cáfila algunos se quedan á repetir la romería macabra.

*26 de Febrero.*
*(Centenario de Hugo.)*

Espero en un café, cerca de la *Gare du Nord,* el tren de media noche para Holanda. Tres chiquillos rubios, desarrapados y picarescos se me aproximan pregonando: *¡La Presse!* Son una chicuela y dos varones. Como soy el solo consumidor allí sentado, los chicos quieren á todo trance, á pesar de mi repulsa, venderme el diario. El más rapazuelo, que tiene boca y ojos lindos, se pone á hacerme zalemas. Al fin le compro el papel. A mi triple sonrisa de benevolencia corresponden los tres con gracia y pillería de frases y de gestos. El mayor se pone á representar á Victor Hugo, á Napoleón, un tonto, un ena-

morado, y termina por pedirme un centavo. Lo ha ganado; se lo doy.

--Dame tú un beso y te regalo un *sou,* le digo á la chica.

—Tómalo, me responde, dándomelo.

Y despues de ganar cada quien sus cinco céntimos, corren, calle arriba, desgañitándodose:

—*¡La Presse!*

—*¡La Presse!*

—*¡La Presse!*

Aquellas figuritas son el cuerpo múltiple del pilluelo que Hugo esculpió en divina prosa. La que grita es el alma del granuja parisiense. Gavroche celebra, con su alegría, la apoteósis de Victor Hugo.

*18 de Marzo.*

Las páginas que acabo de recorrer, desoladas páginas de Rod, no dispiertan las dormidas tristezas de mi alma, á pesar de que el dolor y la queja se contagian. El día radia; un claro sol de primavera entra por mis balcones y me planta en el corazón gérmenes de alegría. Horas más y juntaré mis labios á los de una hermosa mujer. ¿Por qué voy á ser infeliz? ¿Por qué abría de compartir con el personaje de Rod, murria, taciturnidad, hastío? Lo malo es que uno cultiva, en el jardín del alma, baudelerianas flores del mal, rosas de pesadumbre, junto á la sana ó lujuriante vegetación de energías. Lo malo es que á veces pensamos que los

pesimistas tienen razón. ¡Cuántos, cuán á menudo, pierden el gozo del triunfo en la vacilación de acometer la empresa! El temor del hastío hace que muchos renuncien al deleite. Yo sólo pido á la vida juventud. La misma pesadumbre, llena de virilidad, es un placer.

*8 de Abril.*

Maurevert, Carrillo y yo, que vamos á comer juntos, nos encontramos en un rincón del restaurant con Moreas. Nos sentamos á su mesa y comemos con el poeta. Luego lo llevamos al Círculo á tomar el café. En la sala de armas, que le hacemos conocer y que está desierta á esas horas, empieza Moreas

con una espada en la mano á explicar golpes y recordar sus tiempos de esgrimista.

—Ya estoy viejo—dice, quejándose de sus malas digestiones.

Poco después anuncia que trabaja en una tragedia clásica. Como charlando se ha hecho tarde y Moreas se dispone á partir. Carrillo le pregunta:

—Bueno, querido maestro, ¿qué hacemos para verlo á usted?

—No salgo nunca de casa, ó salgo poco. Vivo ahora en Montrouge—repuso Moreas.

Maurevert le dice:

—Por eso hace usted malas digestiones, porque no camina.

—No camino—grita Mareas con voz chillona.

Y en esa misma voz, como de adolescente que se hace hombre, y con una buena

sonrisa de personaje seguro de que va á causar sorpresa, refiere cómo trabaja.

—Mientras pienso me paseo, me paseo una, dos, tres horas, á veces toda la noche. Después apenas necesito el tiempo material de verter mi pensamiento, ya formado, en el papel. ¡Vean ustedes si camino! Es una enfermedad; pero en fin no me apoltrono.

Moreas es más bien simpático. Yo no lo veía desde la noche en que lo conocí. Andaba yo con un amigo por el Boulevard y nos encontramos á Moreas, en compañía de dos caballeros: el secretario de la Legación de Grecia y un poeta del mismo país. Después de las presentaciones, Moreas se desentendió de sus paisanos y se puso á charlar con nosotros de literatura clásica española: de Lope de Vega, Hurtado de Mendoza, etc. Yo imagino que apenas conoce los nombres. Nos

hizo caminar como una hora, por frente de los mejores cafés del Boulevard, hasta cierta lejana é inmunda taberna. Mientras comíamos sandwichs y bebíamos cerveza nos pusimos á bromear, á costas del pobre poeta griego, chato, feísimo. Se trató de tipos. Alguno dijo, señalando al Tersites:

—El señor tiene tipo griego, aunque no precisamente clásico.

Y todos, incluso Tersites, rompimos á reir.

*18 de Junio.*

Asisto con *Fray Candil*, el fuerte crítico de los *Grafómanos de América*, á una conferencia revolucionaria de Laurent Faihade. En

inmunda sala de una calleja inmunda se congrega cuanto de hambriento, envidioso, mal oliente y sucio tiene París. Ese es el público. A *Fray Candil* y á mí quisieron colocarnos en el escenario, junto á la puerta por donde, momentos después, iba á salir el conferenciante. Como es de suponerse, renunciamos á tanto honor.

Faihade se presenta, por fin. Lo acoge un trueno de aplausos. Faihade es la gloria y el encanto de aquella siniestra asamblea. El conferencista disecciona *l'Affaire Humbert*. Faihade clava á los Humbert, á la vista del público, con el alfiler de su crítica, como un entomólogo que estudia bichos raros. El poeta se desata en improperios contra la sociedad, la magistratura, el ejército y cuanto existe de podrido en Francia. Faihade magnifica el dicterio y lo blande como un puñal. Su verbo es ardiente y dorado como una lla-

ma. Fulmina á todos los canallas, y por sus labios van pasando, hechos trizas, grandes damas, ministros, académicos, curas, jueces, diputados, todos los comparsas del *Panamá* de *l'Affaire Dreyfus,* de *l'Affaire Humbert,* y otras inícuas extorsiones y farsas. Faihado, más que un pensador, es un bello hacedor de frases. Sus discursos, impregnados de aquellos viejos ideales revolucionarios del 93, con más los ideales modernos de la gran revolución futura, destilan veneno y amor; odio para los ricos, para los fuertes, para los poderosos y compasión para los desvalidos, para los desheredados, para los tristes. En sus discursos de *sens patrie* como él se llama con orgullo, resurgen, exaltados por el internacionalismo de la Revolución Anarquista, aquellas aspiraciones románticas del Gran Drama francés á la fraternidad universal, á la confederación de pueblos, al

amor de la humanidad. Con Faihade y algunos otros renacen, heraldos y propulsores de la nueva revolución, los *oradores del género humano.*

Después de Faihade habló un «leader» del pueblo, la barba inculta, mal trajeado, el pescuezo flotante en un cuello de camisa holgadísimo, la cara y los gestos monótonos, lleno de un odio frio é irónico. Habló, vertiendo su odio, como un barril de agua que se vacía monótona, ininterrumpida, seguramente. ¡Cuántas generaciones de hambrientos se vengaban por aquella boca!

La sala, iluminada por una candileja; los discursos, que guillotinan nombres, mientras los oradores pueden guillotinar cabezas; el público, aquel siniestro público encrespado como una ola que va á sepultar un barco, todo me transportaba, de pensamiento, al París de la Revolución; y asistía á las terribles

sesiones de aquellos terribles clubs: franciscanos, fuldenses, jacobinos; veía correr la bilis en los discursos y la sangre en los patíbulos; y en medio de toda aquella infamia comprendía una gran justicia, y en medio de aquella gran justicia comprendía una grande infamia.

¿Por qué nosotros, revolucionarios, libertarios, que amamos al pueblo, que lo defendemos, que le consagramos nuestra pluma, nuestra lira, nuestro entusiasmo; por qué no llegamos á ponernos en contacto con él sin sentir, como sentimos, una sincera é invencible repugnancia? ¿Será que el pueblo de ahora, moral, intelectual y físicamente dista más de un legislador, de un filósofo ó de un poeta, que en los días de Atenas y de Roma? ¿Será nuestra educación de «clases dirigentes« la que nos aleja del pueblo? Lo cierto es que existe un divorcio entre el pensamiento y la

vida de ciertos hombres, y que el más feroz propagandista por la idea, es capaz de afiliarse en las filas conservadoras el día de la revolución futura para no sentir el mal olor de los harapos; para no ver junto á sí barbas incultas; para no estrechar manos sucias y repugnantes.

# DE AMSTERDAM

# De Amsterdam.

«Ciudad de Siésbos es Mitilene, grande y hermosa. La parten canales, por donde entra y corre la mar, y la adornan puentes de lustrosa y blanca piedra. No semeja á la vista ciudad, sino grupo de islas.»

Tal pintan á la ciudad antigua el delicioso griego Longo y el no menos griego y delicioso D. Juan Valera; y pintándola pintaron asimismo esta vieja ciudad de Holanda,

siempre joven, esta vieja Amsterdam que se remoza y vive en pleno Abril, en plena juventud, como las Musas, como las Gracias. Venecia del Norte la llaman los viajeros, y es en verdad una Venecia, que apesar de sus crinados ventarrones, de los cristales de hielo que la orlan de blanco en el rigor del invierno; apesar de la lluvia fina y pulmonar que así mata gente como atriste y enloda las calles, apesar de su melancolía taciturna de Febrero y de Marzo, cámbiase con las primeras tibias ráfagas de primavera en gentil y risueña, como una ciudad de la Hélade, y bulle en torno de sus canales florecidos, como Venecia, la novia del Adriático.

Toda ciudad posee una avenida, bulevar ó simple calle, arteria por donde corre á borbotones, más abundantemente que en las ótras, la vida entera de la población. París tiene los *Grandes Bulevares;* Lóndres, *Pica-*

*dilly;* Berlín, *Unter der linden;* Nueva York, *Broadway; Kalverstraat* se nombra esta calle populosa de Amsterdam, y corre desde *Sophiaplein* hasta el *Dam*, que es una como *Puerta del sol*. No se parece á las avenidas ó calles célebres de otras capitales. No la cruzan tranvías, coches, carros ni bicicletas. Angosta, muy angosta, la multitud pedestre la invade toda, aceras y calzada.

Con sus escaparates resplandecientes de joyas, sus cafés, perfumerías, tiendas de modas y otros comercios de lujo; radiante de luces apenas cae la tarde, esta calleja curiosa, este callejón elegante, asume por la noche un aspecto caprichoso é indefinible. Como es estrecho y no muy largo aquel pasadizo, la multitud puede allí encontrarse y verse con la misma comodidad que un salón. ¡Quién no lo pasa un par de veces lo menos al día! Sobre todo, ¡qué avalancha, qué

nube de mujeres! Pasan señoras y chicas de la aristocrácia; pasan niñeras, escolares, bailarinas, cortesanas, modistas; pasan Susanas, Ninones, Celestinas; judías de rasgados ojos negros, morenas como españolas; provincianas del Bravante, ceñido á la cabeza refulgente casco de oro, isleñas de Marken con sus exóticos trajes de colorines, el talle monstruoso, en la cabeza un cachivache que no es sombrero ni cófia; huérfanas del asilo de Amsterdam, en vestidura de bufones, mitad en negro, mitad en rojo, tocadas de ligeras tocas blancas prendidas con alfileres como cuernos de oro; criaditas de caras rubicundas con su uniforme de un invariable azul en todas las estaciones y su níveo delantal pulquérrimo.

Y es la callejuela pintoresca, el bullicioso pasaje, *Kalverstraat,* arena del flirts, campo de torneos enamorados. Si acertáis una ca-

minante que os llena el ojo, sonreidle. Ella os verá con mentida indiferencia. Mas como se detenga ante la próxima vidriera, so pretexto de mirar ó de admirar, acercáos—ya es cosa convenida,—acercáos, habladle. Si afortunáis el lance torced á una ú otra mano, salid de la calleja, que del brazo de la hermosa cruzaréis el Amsterdam somnolente y obscuro, el Amsterdam muerto y solitario; y al amparo de los canales desiertos, en la sombra de las calles vacías, podéis tejer un idilio romántico ó sensual.

A pocos pasos de esa calle donde bulle la vida y de las tres ó cuatro que se le asemejan—*Utrechtschestraat, Vijzelstraat, Leidschestraat, Nieuwendijk,*—se tiende una ciudad casi muerta, dormilona y perezosa. Un taciturno, un misántropo, un aburrido, puede errar á su capricho, en la prima noche, en invierno, sin toparse apenas con nadie.

*
* *

Cuanto á las cantinas, en nada se parecen á los grill rooms de Lóndres, á los bares de Nueva York, á los cafés de París, ni á los botiquines de Caracas. Se llaman *proeflokalen*, si pequeños; más grandes, *bodegas*. Pero la diferencia no consiste en el nombre. El café, apenumbrado, casi en sombra, con barriles por mesas, taburetes por sillas, y vidrieras por muros, es palco de cristal, donde el genuino holandés, junto á su vaso de cerveza ó de transparente schiedam, vé, sin ser visto, el escenario de la calle, la comedia hu-

mana ambulante, la gran representación de la vida.

Ese café en la sombra, ¿es remilgo, pudor nacional ó capricho pintoresco de este país de pintores? Al café no va sólo el hombre, ni el hombre solo. Va la familia. En torno de cada mesa, ó dígase barril, se congrega un hogar: padre, madre, la hijuela de catorce años y el bebé lloricón. Y allí se están horas cumplidas, silenciosos, cogitabundos, viendo al través de los cristales la multitud que atraviesa. El vulgo es pantagruélico, falstafniano: come, se emborracha como quien cumple un deber. Pero su copa es taciturna y en su mesa no chispea la palabra. El epigrama buído, la espiritualidad de vuelo de colibrí, el ingenio vivaz y oportuno, que es la sal de la charla, no son del carácter holandés. En la penumbra de su Proeflokaal ó de su bodega, el hombre de Holanda, cuando no le acom-

paña su familia, yace aún más triste y silencioso, bermejo de licor. Apura su copa, enciende su tabaco de Sumatra, y sueña. ¿Qué sueña ese soñador de borrachera solitaria y lúgubre?

La alegría nacional sí es ruidosa. Las bandas ébrias, en los días de kermesa, cruzan las calles. Todo cuanto de bruto reste en el hombre sale á su boca en cantos y gritos salvajes; y la lujuria—una lujuria asaltante, feroz,—asoma en sus pupilas. Esos días, ó mejor, esas noches, corren sueltos los sátiros detrás de las redondas y coloradas mujeres del país; y como antaño los caprípedos á la sombra de un follaje, gozan ellos á las ninfas, en la umbría de una calleja ó al amparo de un portón.

La indumentaria es por lo general grotesca, de una antigüedad venerable. Los trajes se heredan al través de las generaciones.

Hay ropas cuyos orígenes se ignoran, como los del Nilo. ¡Cuántos sombreros y gorras que suspiran por las cabezas blancas de los abuelos! ¡Cuántos pantalones inverosímiles; faldellines buenos para museo de antigüedades; verdes levitones de corte imposible! En Amsterdam las mujeres mejor trajeadas son las cocotas. Muchos piensan que el *chic* es monopolio de la prostitución. Deben de pensarlo, sobre todo, los granujas moralistas que escupen sobre aquellos trajes de las mujeres que, por nuevos, imaginan elegantes. Es el horror del buen gusto.

En cambio ¡cuánta gente fina, galante y buena! ¡Cuántas personas se esmeran con esmero exquisito para que el extranjero, desconocido ayer no más, no eche de menos las grandes ciudades vecinas ó la dulce patria remota!

*
* *

Pero en lo que no tienen rival los holandeses, todo el mundo lo sabe, es en la pintura. El arte y la religión se consideran como manifestaciones las más sinceras del alma de un pueblo. Así, todo el espíritu práctico, paciente, detallista, enemigo de vanas apariencias, todo el espíritu de la gente holandesa grita en sus cuadros. Lo primero que se advierte al recorrer un Museo de Holanda es la ausencia de mitologías, misticismos, idealismos y voluptuosidades carnales. Lo que se admira en esa pintura, al instante, es

el triunfo de la verdad, la glorificación de la vida. Sus admirables paisajes sirven como pretexto para curvar sobre la gleba á un campesino laborioso que labra la tierra; para exponer un molino que tiende sus aspas bienhechoras, no menos útiles que pintorescas; para esparcir, sobre la grama del potrero, vacas lucias y generosas que estén pastando la leche y la mantequilla de mañana. Potter imagina que una vaca vale tanto como una mujer, si no más. Van Ostade pinta campesinas y fámulas, no empingorotadas damas como el aristócrata Gainsborough.

Los pintores clásicos del siglo XVII, en Holanda, como los novelistas españoles del propio siglo, reinvidicaron para el arte el derecho de pintarlo y contarlo todo: vidas burguesas, vidas gitanas, vidas rústicas; asambleas de pillos, noches de cortesanas, escenas de la hampa; la mancebía, la choza,

el suburbio. Volvieron sobre los pasos de la madre, de la eterna madre Grecia, que no restaba á la vida lo que es de la vida, ni al arte lo que es del arte. *Na het Drinkgelach,* cuadro de Steen, como *El lazarillo de Tormes,* novela de Hurtado de Mendoza, ¿no serán por ventura crestones eminentes de una misma cordillera intelectual que finaliza en las *Comedias* de Aristófanes?

Esa tedencia del arte no muere hoy, sino más bien redivive con el flamante naturalismo de Flaubert, Maupassant y Emilio Zola, con el prestigio de esos campeones de la pluma, intérpretes de la vida, de la vida sin restricciones.

Como Aristófanes, como Hurtado de Mendoza, como Zola, el irónico Steen es, á su modo y en cierto sentido, un moralista; aunque se cuidara poco de la moral; aunque sobre él pese la acusación de corrompido, que es

la última palabra, en todos los tiempos, de la pudibundez alarmista, de la gazmoñería inútil, de la estéril imbecilidad.

Ví, no hace mucho, copia de cierta obra de Feliciano Rops: *La tentación de San Antonio.* Un demacrado San Antonio advierte, lleno de turbación, de una turbación de horror y de encanto, cómo el Cristo, un Cristo flaco y negro, despréndese de la cruz, en angustia; y cuál florece de súbito, sobre la cruz abandonada, la desnudez turbadora de la más turbadora de las mujeres. La obra es emocionante. ¡De cuánto no sería menester para explicar toda su complejidad sujestiva: la angustia del Cristo en fuga, la perplejidad tenebrosa del santo, el fugitivo triunfo de la sonrisa y de la carne su flor!

Yo pensé al punto de mirar ese prodigio del talento sutilizado, cuánto distaba Rops

de aquellos admirables pintores de Holanda, buenos, verídicos, simplistas; enemigos de quintas esencias; exentos de literaturas y psicologías; acostumbrados á sus vacas, sus casitas en la sombra de un emparrado, sus molinos braceantes, sus interiores de taberna ó sus patios de alquería.

Cuando lejos de Holanda miro en algún Museo cuadros de este país, pienso que en esas casitas de Hobbema, ocultas bajo los árboles, en la campiña, yo me detuve á descansar algún medio día del verano, pienso que recorrí muchas veces, junto á mi novia, esos campos de Wynants; pienso que á la soñadora de Mais, acodada sobre el alfeizar de la ventana en flor, tupida de enredadera, yo la admiré tántas veces, al vuelo del ferrocarril, en los suburbios de Rotterdam. Y pienso en tí, ¡oh, tierra donde han co-

rrido horas plácidas, acaso las mejores de mi juventud; en tí, buena tierra de Holanda en donde he querido y me han querido!

# VIAJES SENTIMENTALES

## Viajes sentimentales

### I

*New York, 24 de Abril de 1899*

Me acaba de suceder un caso curioso. Estuve al borde del ridículo. Por donde veo cómo es perjudicial y ocasionado á tropiezos el ser un poco romántico.

Caminaba mi camino, entre la multitud alegre de la noche tibia, azul y primaveral. La cara de pascua, hasta los viejos. Esta bendita primavera engaña á los ancianos. La dulce mentirosa prende la chispa en los

ojos, la sangre en el cuerpo, la alegría en el corazón; y los vejezuelos, engañados por un velo de ilusión, como el velo de Mab, piensan que acarminan su rostro, no suaves tintas de ocaso, pero las rosas de la juventud.

La gente moza va en parejas ó en grupos: ya es un racimo de cabezas blondas y bocas purpurinas y frescas, ya un cazar de amantes.

Barajados con el grupo del gentío pasan obreros de blusa azul, quizás en retardo; ó más bien si abandonaron el fogón doméstico, un instante, con el propio uniforme de labor, para respirar frescura y aroma, todo el aroma y la frescura de la prima noche.

Pero los más son hijos de Cartago, esas gentes de rapiña, tocados de la locura del tanto por ciento. Ahora es una yunta de usureros en embrión, tempranos aprendices de judío; ó comerciantes ventrudos, el tabaco

en la boca, y el diamante, grueso como uva moscatel, en el anular; ó un bien puesto mercachifle á quien da su primer beso la fortuna, y va soñando su sueño de oro embadurnado en manteca.

Los tranvías, los ferrocarriles elevados, cruzan y traquetean con más estruendo que los marciales carros, en los exámetros homéricos.

Los letreros de gas fulguran.

Los teatros abren sus puertas, y hacia ellas se abalanza la multitud, que abandona el restaurant y el café.

Yo también me paseo, calle abajo. Miro cómo flamean las joyerías; y me detengo ante las vidrieras deslumbradoras. Amo las prendas. Las pedrerías me seducen. Bien se mira cómo soy de aquellas ingénuas patrias que produjeron á los indios, á los buenos indios que sentaban á sus Reyes en sitiales de oro

puro, á los fabulosos indios que plantaban jardines artificiales de piedras preciosas, á los pobres indios engatusados por España con rosarios de cuentas, collares de vidrio, y toda suerte de abalorios fascinantes.

Y pienso ante las vitrinas llenas de luz:

—¡Quien las poseyera, para enjoyar amadas queridas!

Una cosa, de repente, solicita mi atención en el horizonte: algo más vivo, algo más fulgurante que una joya: un dije de luz, una casi franja de púrpura, un matiz de rosa en el azul zafiro del cielo, zafiro más claro, más ideal y más hermoso que el de las cruces de oro y los anillos cincelados.

¿Era luna? ¿Era celaje?

Más bien me parecía una rosa de fuego que abrió en el horizonte sus pétalos de luz.

Y me puse á viajar, de fantasía, tras la remota y aûrea flor.

Yo veía el espacio transparente; lo veía, lo veía...

La rosa comenzó á deshojarse. Los pétalos se desteñían al rodar por el éter. El turquí del horizonte se avivaba, convirtiéndose en una hoguera azul; y en esa hoguera azul, abrasada, moría la rosa.

La postrer hoja de la flor, antes de extinguirse, fingió en el cielo un caprichoso blasón de poeta: un pétalo de rosa en campo azul.

Cuando volví del ensueño, adosado contra un porton, buscaba todavía en lontananza la remota levedad luminosa; y entonces fue cuando advertí en mi torno un grupo de curiosos. Las miradas de ese grupo eran inquisidoras y despectivas; unas preguntaban qué había perdido yo en el horizonte, mientras las otras me penetraban como agudos puñales, envenenados de lástima y desdén.

Corrido me separé del portón; luego me reí de la aventura; y la refiero ahora para que nadie ignore cuanto es de peligroso el ser, entre los yankees, poeta lírico.

## II

*Amsterdam, Enero de 1901.*

¿Te acuerdas, querida Azucena? Yo también me acuerdo y ahora me río de mis lágrimas. Esta sonrisa ¿es una forma de arrepentimiento? ¡Quién sabe! El tiempo, que se llevó en sus cambiantes é inquietas alas los amores, no ha podido llevarse los recuerdos.

Escucha la historia, Azucena; escúchala así como pasó en mi corazón.

El paisaje, poco antes risueño, se hizo lú-

gubre. El Sol ya no espolvoreaba su alegre oro sobre la cabellera de cristal de la fina lluvia. A última hora las cosas cambiaban de aspecto, como si comprendiesen.

El cielo y yo estabamos tristes.

Era el instante; el buque iba á partir: llegaban los adioses.

La ola gris, la bocanada parduzca de la chimenea, la distante y confusa playa, el pálido horizonte, el borroso paisaje, mis lágrimas y tú, todo se acordaba dentro de mi alma como una orquesta; y empezó á vibrar en mi espíritu una sorda melodía, una serenata silenciosa del dolor, una callada música de entierro.

Yo quedaba allí, en la isla remota y desconocida, sobre la tierra que tu hermoseaste una mañana con tus risas y tus charlas, y que ahora sin el encanto de tus primaveras, me parecía hostil.

¡Ni el beso tuyo; ni el beso de la patria!

De tí me separaba el deber; de la patria, la dignidad. Para entonces el honor no tenía en la tierra de la honra derecho de asilo.

Y la temerosa isla, aquella isla del espanto, en medio de la bruma abría su puerto, como una siniestra boca.

Cuando arribé á la costa ya tu barco navegaba muy lejos. Ya no se percibía el blanco adiós de los pañuelos, ese como último beso de las manos que reciben los ojos del viajero, ese último beso volador, de una melancolía penetrante. En la difusa niebla solo se pintaba un lastimero y ténue hilo de humo. Con ese ténue hilo de humo empecé á trenzar mis dolores. Tras de ese ténue hilo de humo voló mi pensamiento. Con ese hilillo flotante, con esa orla indecisa de obscuridad peregrinaban mis amores, mis sueños; él se llevaba consigo mis ilusiones; él iba

á donde yo no podía ir: á mi patria; él viajaba con quien yo no podía viajar: con mi novia.

¿Ves, querida Azucena? Todo pasa. Hoy me río de mis lágrimas de ayer. Pero benditas sean, ya que sembraron en mi corazón algunas lindas estrofas.

## III

*París, 14 de Febrero de 1902.*

De un apartamento vecino llega á mi apartamento la música de un piano. Como se oye la melodía sin descubrir el instrumento, parece que las paredes cantan. Nada me pone más soñador y pensativo que estas ráfagas de música invisible, insinuándose como una indiscreción femenina. Creyérase que me dan la meditada sorpresa de una serenata. En las alas de esa música vuela mi

pensamiento al espacio abierto, á las praderas en flor, á las frescas montañas, lejos de estos muros de ciudad, lejos de este artificialismo de buen tono, lejos de luz de gas, lejos de rostros de mujer acarminados, lejos de los grandes hastíos que fingen divertirse, lejos de la gran comedia social, lejos del escenario de París.

## IV

*Amsterdam, 1.° de Julio.*

Es domingo. Como en la terraza de un café; tengo por frente la estátua de Rembrandt, y entre la estátua y yo, entre la plaza y el café, la multitud dominguera pasa, grita, gesticula.

El bello y dorado sol dora y embellece la plaza. Los árboles mueven sus copas de un verde nuevecito. Las mejillas bermejas, las cabelleras de oro al aire, vestidas de blanco,

de rosado y de azul las holandesitas discurren por parejas, en grupos, ó del brazo de sus amantes. No ritman el andar como las chicas de mi tierra, aquellas morenas chicas de abolorio gitano, biznietas de aventureros andaluces; ni arquean el cuello de cisne, ni contonean las caderas, enseñándolas, con la malicia y la gracia de las mujeres de París; pero así como son, el seno prominente, sencillas, coloradotas, risueñas, yo las encuentro adorables en esta primera y luminosa tardecita de Junio, tardecita de Abril más bien, olvido ó regalo póstumo de la primavera.

En la calzada un piano de manubrio echa á volar la música de un vals. Los granujas valsan. El vals vuela frenético de la caja sonora y hace cosquillas en los pies de los danzantes. Un grupo de marineros desemboca en la plaza. Vienen cantando una canción

de Holanda. Son veinte, son treinta, son muchos. Y encadenados de las manos, en círculo, gritando y brincando, rodean el piano. El piano trueca el vals por una música del país; y los hombres de la cerveza y del schiedam, los marineros de la mar del Norte, empiezan á bailar un baile imposible, una cosa rara é ignota, un baile de Walpurgis.

De todas partes se asoman á ver; los paseantes se detienen; la circulación se interrumpe. Cuando el grupo de marineros termina su extraño baile ridículo, muchachos, mujeres, hombres, todo el mundo rompe en aplausos, y de todas las bocas sale un grito de súplica: la súplica del bis.

Es la alegría del Norte, la vieja alegría, la alegría sana, fuerte y ruidosa de las kermesas.

## VI

*Amsterdam, 14 de Julio.*

Me he salido á correr el campo. Aquí estoy, solo, tendido sobre la yerba, á la riba del agua, bajo los castaños copudos. Mi pensamiento sale volando. No, no es el pensamiento, sino una cosa vaga, misteriosa, alada, primaveral, amiga de las aguas durmientes, de los bosques, de los cantos de pájaros. Enjaulada en la ciudad esa cosa ínti-

ma, voladora y risueña no abre las alas; y su tristeza de exilio me contagia. Sí, esta es su patria: la fronda tupida, la fresca linfa, el cielo de nacar transparente. La ciudad me sofoca á mí también. Esta agua á cuyo borde medito, me hace pensar en los ríos de mi infancia, de mi niñez campesina. Esos pájaros cantores son hermanos de mis turpiales y de mis azulejos, de los patrios *cardenales,* cardenales y poetas á un tiempo mismo, que llevan en el copete la púrpura, y la lira en la garganta.

No lejos del sitio donde sueño, un vaporcito desembarca muchedembre de gente. Se desparraman los turistas, parloteando y felices. También ellos solicitan la frescura, la soledad y el dulce pío de pájaros. También ellos son poetas. Sin embargo, su mera vista me importuna. La cosa alada y primaveral que llevo dentro de mi corazón vuelve á su

jaula. Me juzgo turbado; me dispongo á partir. Adiós, sueños interrumpidos; adiós, sueños de un minuto; adiós, linfas del Amstel; golondrina errante, adiós.

## VII

*17 de Julio.*

He llorado—no es retórica—he llorado, leyendo en los periódicos de la mañana cómo ayer se derrumbó el campanile de San Marcos; cómo es hoy apenas memoria la maravilla de tántos siglos.

Dios mío, si existes, pruébalo, conservando incólumes tus palacios. Guarda, Señor, de la ruina las divinas catedrales: Colonia,

Burgos, Nuestra Señora, San Pablo y el sublime Vaticano de Pedro. La prensa de Francia, de Bélgica y de Holanda, unánime en el dolor, lamenta en los más sentidos tonos esta desgracia del arte, desgracia irreparable, por cuánto ya la fe ni catedrales ni esbeltos campanarios fábrica. Júzguese mi indignación cuando en *The Daily News*, de Londres, leo:

*«Venecia. 10,40 a. m.*

*El campanario de la catedral de San Marcos—98 metros de altura—acaba de caer sobre la Piazza. El monton de ruinas casi llega à 100 pies. El total de la torre era de 323 pies, ó 73 pies menos que el campanario de Cremona, el mas alto de Italia.»*

Esta desgracia universal solo despierta el sentido aritmético de Inglaterra que juzga

de la pérdida por la altura de las ruinas: *about 100 feets.* Dios te guarde, Albión; y que no caigas de tus *98 metres high,* como el Campanile de San Marcos, de Venecia.

## VIII

*25 de Julio.*

He presenciado un espectáculo de terrible hermosura: la quema de una gran cervecería y de varios edificios contiguos en un arrabal de Amsterdam. Era la media noche. El cielo romántico brillaba, según cantó el poeta:

*lleno de luna y de diamantes de oro.*

En el arrabalde, el azur, purpurado por el incendio, esplendía como una extraña auro–

ra, abierta por capricho de Natura, en plena media noche. El horizonte resplandecía. Aquella roja mitad de cielo, en el fondo azul y plata de la noche, destacabase como un pabellón de grana. Parecía que una inmensa palma de oro abanicase la concha celeste. Entre los záfiros y nácares del cielo resplandecía la palma de oro, como la candalosa cabellera de mil cometas. Las llamas, desprendiéndose en rubios copos, subían al éter, y apagadas en el aire se metamorfoseaban en grumos de sombra, en montañas de obscuridad, en trombas de humo. Las chispas volaban en constelaciones; y las constelaciones de chispas atravesaban el ambiente como estrellas filantes; se abatían sobre los techos del barrio, como enjambre de rubias abejas, ó hundiéndose en el canal vecino turbaban la quietud y el sueño del agua.

La multitud, tendida en la llanura del

arrabal, agrupábase en torno de las llamas; multitud inútil; multitud impotente, espantada y encantada.

El incendio se paseaba de un edificio á otro con su terrible corona de llamas. Ni bombas ni á bomberos tomaba en cuenta. Su furia desdeñosa y magnífica arrancaba gritos de admiración á la muchedumbre. Había silencio, roto apenas por el hambre de las llamas, por el chorro de las bombas, por el derrumbe de los techos, por el murmullo de aquel anafe inmenso donde se estaban cocinando millones. Un hombre—ó borracho ó poeta—se puso á cantar ante las llamas. Una mujer empezó á llorar. El vecindario corrió en exodo á la llanura con sus camas, con sus baules; con su curiosidad y con su miedo.

¡Qué espectáculo para un pintor! Yo recordé al momento á nuestro artista de las

llamas, á Cristóbal Rojas, el malogrado, el insigne. Sobre todo lo recordé mirando aquel fulgor que el reflejo flámeo ponía en los rostros, tal como él supo copiarlo en su dantesco *Purgatorio*.

## IX

*22 de Agosto.*

El agua es al propio tiempo aliada y enemiga de los holandeses. Mejor dicho es el enemigo, ya vencido y esclavizado; pero que se rebela amenudo. Es un enemigo domado, no domesticado. En Holanda el agua es un elemento ubicuo, á la manera de Dios de Occidente. Está en las costas, en los campos, en las ciudades, en el subsuelo, en la atmós-

fera, en todas partes. Sírvense otros países de la tierra como vía, del vapor como fuerza, del ejército como defensa. El agua le basta á Holanda: por ella se abre rumbos; ella impulsa la máquina, mueve el molino; y fué ya el mejor baluarte de la independencia nacional. Pero á veces este raro servidor es verdugo. Las inundaciones han sepultado poblaciones enteras. ¡Y cuántos mueren de diario á su caricia fría! Esta misma noche acabo de presenciar un drama del agua: la pesca de personas en una calle de Amsterdam. El caso es curioso por la suerte de pesquería y por el lugar de la pesca. Tres niños —jugando, supongo,—calleron al *gracht*. No se pudo salvarlos. El *gracht* es un canal, profundo y extendido, que mansamente corre por el centro de la vía pública. Es la genuina calzada de ciertas calles holandesas. Un incidente callejero es en todas partes: un

tranvía que se descarrila, un ómnibus que se vuelca, un coche que se desboca; aquí, amenudo, es el choque de dos bongos, una casa flotante—así como suena,—una casa flotante á la que el viento arranca el techo, ó un hombre que se despeña al agua. En Amsterdam hay muchos *grachts*, pero los principales son: *Prinsengracht, Keizergracht, Heerengacht,* que vale decir: Canal del Príncipe, Canal del Emperador, Canal de los Caballeros. En el Canal del Príncipe —mi calle—es donde han muerto los tres chicos. La multitud, ávida de curiosidad, se tendía por ambas alas del gracht, mientras la policía, auxiliándose de marineros, pescaba los garzones. Antorchas, como en una farsa de teatro, iluminaban la escena. Por fin sacan uno fuera, y del pecho de la multitud surje un clamor. La pobre madre no debió de estar allí porque no se oyeron sollo-

zos. Solo un perro, á la vista del cadáver, empezó á latir con aullido lastimero, casi humano.

## X

*1.° de Setiembre.*

Aniversario de la reina Guillermina. Con Letta, el primero de mis amores en Amsterdam, voy á La Haya, á la iluminación del Bosque. Con simples hileras de luces obtiene el arte decorativo el efecto más sorprendente. Por lo demás, ¡lástima de tiempo y de florines!

La multitud, ébria y escandalosa, es la señora de la fiesta. Odio al populacho por im-

bécil é inmundo. Esa alegría oficial, esa felicidad decretada á que se entrega la multitud, ese placer de fecha fija me subleva y me repugna. Esclavo, esclavo siempre, esclavo en todo,—indigno de la libertad de que no sabe hacer uso,—el populacho, rebaño de Panurgo, sin personalidad, sin conciencia, ondula, corre como el viento, á la loca, sin rumbo, ignorante de la dirección que ha de seguir un momento después, ignorante de por qué sigue una ú otra dirección. Cuanto á las turbas de Holanda, ¡qué borracheras, qué gritas, qué animalidad!

¡Bárbaros, bárbaros, bárbaros!

## XI

*París, 3 de Octubre.*

Encuentro á medio París en desolación con la pérdida de Zola; el otro medio no depone su odio ante el cadáver. Han hecho de los funerales una cuestión política. Lo cierto es que este bello luchador desata la tempestad en torno suyo hasta después de muerto.

Zola muere asfixiado por una chimenea. De cuatro seres que respiraron el mismo veneno quedan vivos: la señora de Zola, que

no tiene mayor interés para la humanidad, y dos perros, que no tienen ninguno. En cambio muere el bueno, el grande, el magnífico Zola. Se indigna uno contra la brutalidad, contra la inconciencia del destino. Yo no siento en Zola al literato, al creador, cuya obra si peca es por abundancia. El no podía agregar un ápice á su gloria de productor, así viviese doscientos años. Lo que siento es que desaparezca de la tierra un carácter, un ser nacido para conductor de conciencias, para sembrador de ideales,—para verdugo de la mentira social, del fariseismo político, de la necedad literaria. Lo que yo siento es el hombre, el hombre de la verdad y de la justicia, el hombre que en esta Francia mediocre del día supo salvar el honor de la vieja Francia gloriosa; el hombre que, movido por el amor de la justicia, abandonó su tranquilidad, se expuso á las iras del po-

pulacho, y desafió el Ejército, la Magistratura, el Clero, la Francia toda, en defensa de un inocente, en defensa de un prisionero, en defensa de un desvalido, en defensa de Alfredo Dreyfus. La Francia entera se apandilló contra el oficial infortunado; y Zola desafió á la Francia y salvó á Dreyfus. Y con Dreyfus salvó Emilio Zola el honor de Francia. Zola no es un aventurero que buscaba renombre, porque su nombre era glorioso; no buscaba dinero, porque poseía fortuna. El lo exponía todo: fortuna, renombre, reposo de su hogar; y lo afrontó y lo sufrió todo: la difamación, la multa, el destierro. Pero su voz, que caía de muy alto, hizo un hueco en el corazón del pueblo, y por ese hueco entró el espíritu de la justicia y salió la libertad de un inocente.

# XII

*23 de Noviembre.*

Para asunto de mis literaturas visito, en cierto barrio de París tranquilo como barrio de provincia, á un raro personaje. Es un abate francés; «digno de Barbey D'Aurevilly», me escribe la persona que me envía á casa del religioso. La historia de este hombre, de la cual supe algo antes de conocerlo, me lo hizo interesante. Era una oveja descarriada, un alma que la duda torturó y que

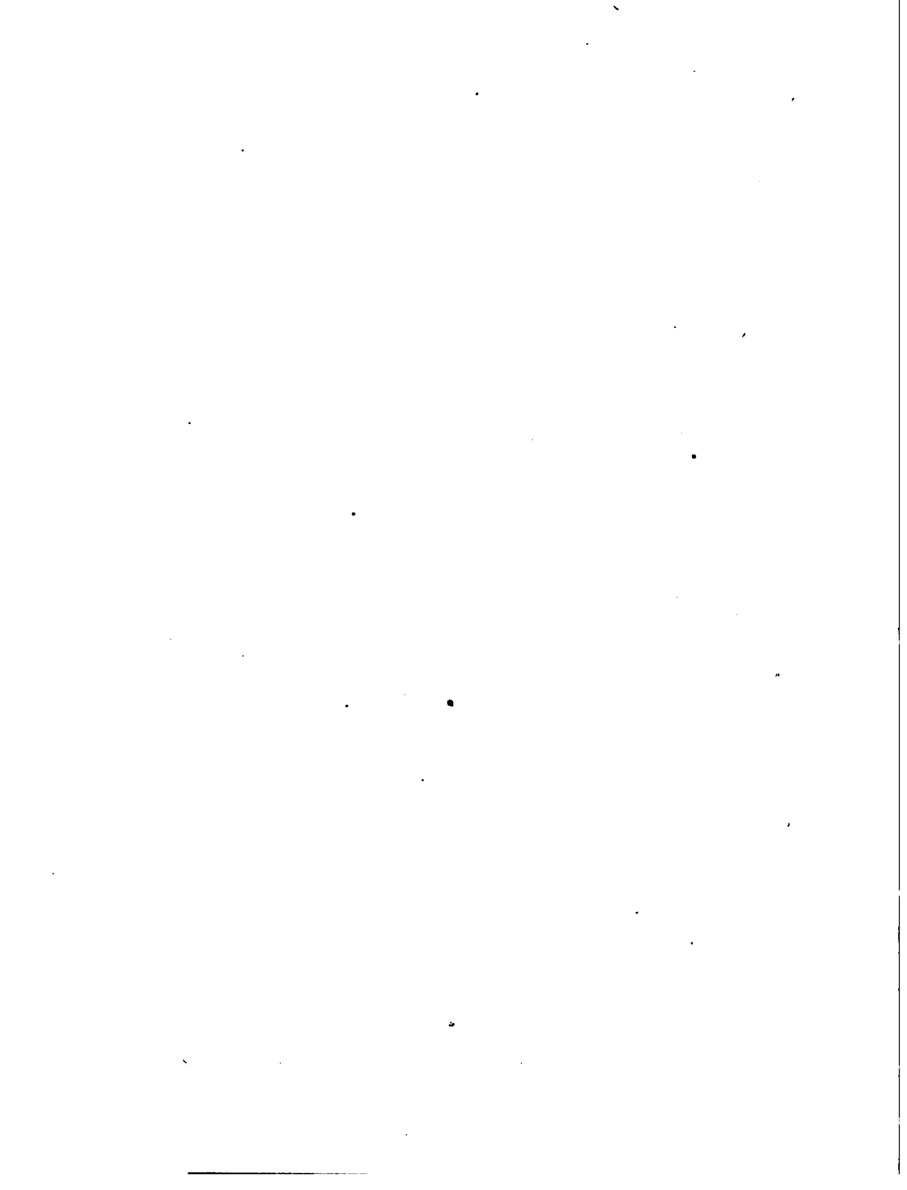
amores profanos curaron del amor divino. El misticismo no bastaba á este corazón; el clérigo no mató en él al hombre; y la carne rebelde y la inteligencia clara y el espíritu de aventuras lo echaron de la sedentaria tristeza eclesiástica. Tuvo hambre y sed de goces; recorrió el mundo sin otra riqueza que la de su corazón lleno de amores. Ahora volvía, oveja descarriada y dolorida, al redil eclesiástico. El toro joven é impetuoso trocábase en manso buey.

En una casa de paz y de oración se me apareció la figura del levita. La fisonomía es simpática. Una barba ya blanca y una cabeza ya calva sirven de marco á un rostro, juvenil todavía, iluminado por la negra luz de dos ojos que son dos llamas. Conversamos al principio en una vasta sala fría, someramente adornada por muebles de una vetustez increible y venerable. Luego subi-

mos á su habitación, sobre el jardinillo, sin hojas ni flores, cubierto de nieve prematura. Sobre la mesa de estudio, en un ángulo de la pieza diminuta, junto al fuego, libros de Huysman, de D'Aurevilly, de Le Cardonel, de Verlaine *(Sagesse)*, de otros autores de conciencia crepuscular, que sin ser ya profanos aún no son religiosos, y que sin ser religiosos ya no son profanos.

Mejor que nada, mejor que nadie, estas lecturas rendían cuenta del estado de alma de aquel hombre. En las desnudas y blancas paredes sólo un crucifijo de madera abría los brazos. A los pocos minutos de parloteo comprendí que el alma triste y tormentosa de aquel joven envejecido corría á toda carrera hacia los brazos que, desde la pared blanca y desnuda, le tendía el crucificado.

FIN



# ÍNDICE

# FÉ DE ERRATAS

Pág. 28. Donde dice: Es comprensible en parte ese rencor;
Debe decir: Es comprensible en parte ese rencor,
Pág. 31. Donde dice: *—grandes turquesas que brillan como si fuesen brillantes.—*
Debe decir: *—grandes turquesas que brillan como si fuesen diamantes.—*
Pág. 31. Donde dice: *Tuerce rumbo,—ya vas lejos,—*
Debe decir: *Tuerces rumbo,—ya vas lejos,—*
Pág. 34. Donde dice: sobría
Debe decir: sobria
Pág. 38. Donde dice: desde Marco Polo hasta Cook y Loti.
Debe decir: desde Marco Polo hasta Cook, hasta Loti...
Pág. 39. Donde dice: que vió
Debe decir: qué vió
Pág. 71. Donde dice: *et l'oiseau plus léger.*
Debe decir: *et l'oiseau plus léger?*
Pág. 104. Donde dice: á ese Dios; El no puede...
Debe decir: á ese dios; él no puede...
Pág. 116 y subsiguientes 117-8-9. Laurent Faihade
Debe decir: Laurent Tailhade
Pág. 118. Donde dice: para loa
Debe decir: para los
Pág. 118. Donde dice: *sens patrie*
Debe decir: *sans patrie*

**Pág: 125. Donde dice: «Ciudad de Siésbos...**
**Dcbe decir: «Ciudad de Lésbos,..**
**Pág. 127. Donde dice: comodidad que un salón.**
**Debe decir: comodidad que en un salón**
**Pág. 128. Donde dice: arena del flirts,**
**Debe decir: arena del flirt,**
**Pág. 162. Donde dice: campanarios fábrica**
**Debe decir: campanarios fabrica**
**Pág. 168. Donde dice: á la ma[illegible]ra de Dios**
**Debe decir: á la manera del dios**

## *OBRAS DEL MISMO AUTOR*

1895 **Patria** (poema laureado).

1899 **Trovadores y Trovas.**

1900 **Cuentos de Poeta.**

1903 **Más allá de los horizontes...**

### FOLLETOS POLÍTICOS

I **Una página de Historia.**
**Ignacio Andrade y su Gobierno.**

II **De cuerpo entero.**
**El Negro Benjamín Ruiz.**

III **La americanización del mundo.**

### PARA PUBLICARSE

**(EN FRANCÉS)**

**Contes americains.**

**Littérature d'outremer.**



OCT 38
WIDENER
WIDENER
SEP 0 8 1999
FEB 1 0 2000
CANCELLED
BOOK DUE

